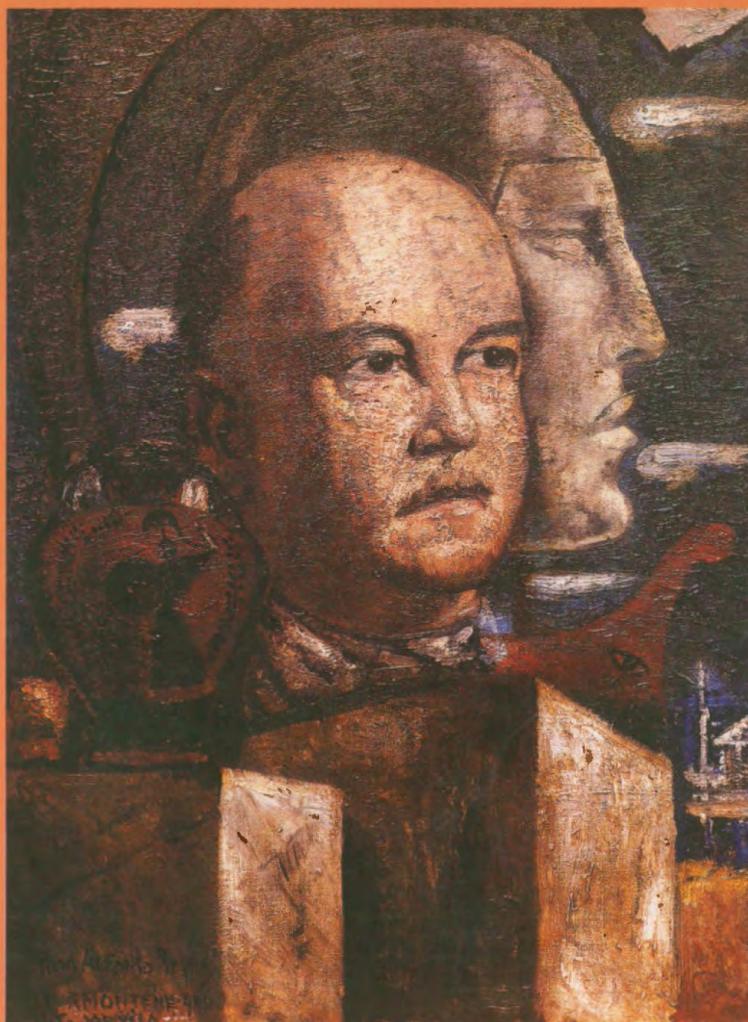


EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 142 Editorial

NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2009



Retrato de Alfonso Reyes por Roberto Montenegro, 1945. Colección Capilla Alfonso.

Hugo Brehme. Una historia para contar

Mayra Mendoza Avilés

Crónica de dos descubrimientos

Alfonso Reyes y Werner Jaeger

Sergio Ugalde Quintana

Revueltas: crónica de una vida militante

Carlos Monsiváis

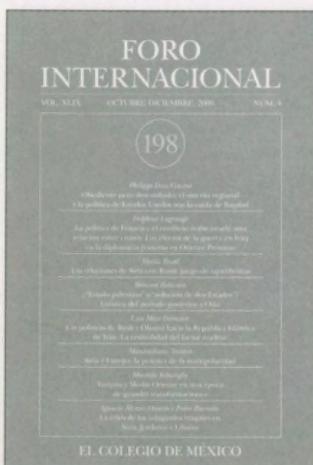
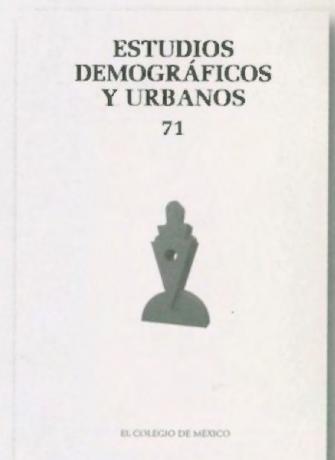
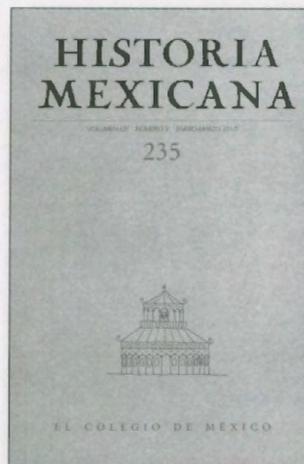
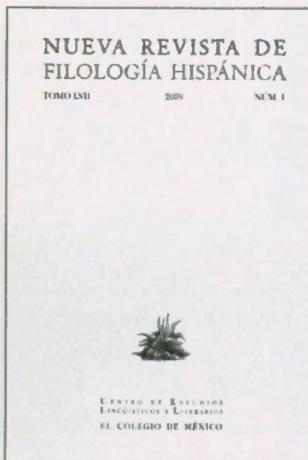
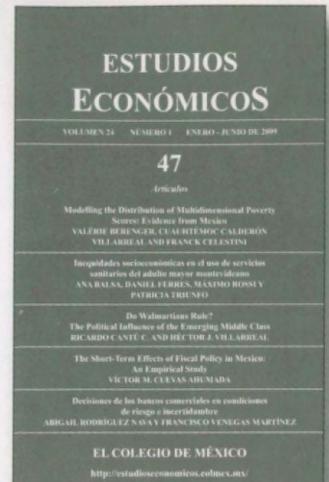
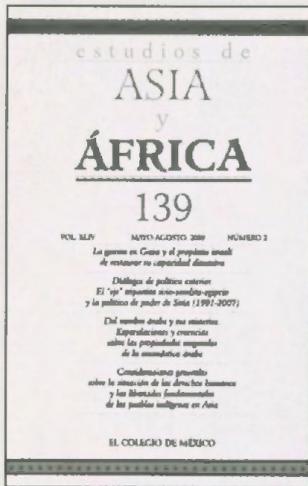
La caricatura política
durante la época tuxtepecana

Fausta Gantús

Fernando Savater,
un apóstata razonable

Adolfo Castañón

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx



ÍNDICE

Hugo Brehme. Una historia para contar
■ *Mayra Mendoza Avilés* ■ 3

Revueltas: crónica de una vida militante
("Señores, a orgullo tengo...")
■ *Carlos Monsiváis* ■ 7

Crónica de dos descubrimientos.
Alfonso Reyes y Werner Jaeger
■ *Sergio Ugalde Quintana* ■ 14

La caricatura política
durante la época tuxtepecana
■ *Fausta Gantús* ■ 26

Fernando Savater, un apóstata razonable
■ *Adolfo Castañón* ■ 31



Fotografías de Hugo Brehme

Ilustraciones tomadas del libro de Fausta Gantús,
Caricatura y poder político

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D. F., teléfono 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCADIAGO DANTAN ■ Secretario general MANUEL ORDORICA ■ Coordinador general académico JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo ÁLVARO BAILLET ■ Director de publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ Coordinador de producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de promoción y ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 142, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2009

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y corrección Logos Editores

Diseño de portada EZEQUIEL DE LA ROSA

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

INDICE

ASIA

ESTUDIOS
ECONÓMICOS



Ilustraciones tomadas del libro de Pariza Contreras,
Caracana y política política

estudios

Para más información, contacte con el Departamento de Publicaciones de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Tel: 334 4445 ext. 3344

estudios

Hugo Brehme

Una historia para contar

En los años noventa del siglo pasado se revalorizó la participación de Hugo Brehme como fotógrafo en la Revolución Mexicana a través de la exhibición *México: una nación persistente* y la publicación del libro *Fuga mexicana*.¹

En vísperas de la celebración del centenario de la Revolución Mexicana, contamos con un panorama más completo del *corpus* de su obra mediante diversas colecciones en Alemania, Estados Unidos y, obviamente, México. Un vasto legado que, además del paisaje rural y urbano, incluye los tipos populares, el retrato de estudio, el registro arquitectónico, la reprografía de piezas prehispánicas, los festejos del centenario y, por supuesto, numerosas vistas de la Decena Trágica y la intervención norteamericana en Veracruz.

Durante varios años, la certeza sobre la autoría de sus imágenes de la lucha armada se vio empañada por diversas circunstancias. En 1977 el INAH recibió mediante un convenio el Archivo Hugo Brehme de manos de Juan Manuel Casasola Texcucano, quien a su vez lo obtuvo de Arno Brehme, entonces propietario legal. Arno asentó en la carta de cesión de derechos en favor de Casasola que el archivo incluía negativos de vidrio y película flexible, enunciando “Revolución Mexicana” entre los temas contenidos. Pero estos últimos no fueron recibidos entre las piezas entregadas a la Fototeca Nacional; tal vez las conservó para el negocio familiar, haciendo

poco accesible su consulta al público y a la investigación académica.²

Por otra parte, el apellido Casasola se había consolidado en décadas previas como el proveedor por excelencia de testimonios visuales, convirtiéndose en el abrevadero a partir del cual se consolidó el imaginario revolucionario. Sin duda, la familia, la nómina de autores y las acciones de compra-venta o intercambio produjeron notables imágenes, pero también es cierto que poco se ha discutido acerca de los autores divulgados por la agencia mediante el uso de la reprografía. Al respecto, es posible seguir la pista a los dos o tres pasos para obtener un negativo óptimo que anule las huellas del autor primigenio o las tachuelas empleadas para sostener la imagen mientras se le copiaba.

Éste fue el destino de diversas fotografías de Brehme, obviamente sin crédito para el autor, quien, años antes y por convicción, no las había incluido en la edición de *México pintoresco*, su obra maestra, impresa en tres idiomas en el clímax de su popularidad. Aunado a esto y a diferencia de los numerosos paisajes y vistas urbanas que le dieron fama en la posrevolución, los derechos morales de sus testimonios durante la Revolución no fueron registrados bajo *Propiedad artística y literaria*. Para completar, tampoco las hizo circular en formato postal —al menos no con su nombre—, como sí fue el

¹ *México: una nación persistente*, Instituto Nacional de Bellas Artes-Museo Franz Mayer-Miguel Ángel Porrúa, México, 1995; Olivier Debrouse, *Fuga mexicana*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, pp. 52-62.

² La carta de cesión se halla fotocopiada en el Fondo Documental Hugo Brehme/Exp. 1 de la Fototeca Nacional; los negativos recibidos constituyen el Fondo Hugo Brehme. Dentro del fondo Teixidor es posible localizar piezas *vintage* de su autoría relativas a la Revolución. Véase Mayra Mendoza, “De Veracruz a la Ciudad de México en 1914”, en *Alquimia*, núm. 37, septiembre-diciembre, INAH-SINAFO, México, 2009 (en imprenta).

caso de considerable número de vistas que se dieron a conocer por ese medio.

Del estudio fotográfico al campo de batalla

Acostumbrado a fotografiar la ciudad para efectuar vistas urbanas, no le fue difícil salir a las calles en eventos populares, aun cuando ello implicara la inmediatez —contraria a sus famosos paisajes—, como lo demuestran algunas imágenes de las celebraciones del centenario de la Independencia en 1910. Meses más tarde, el 25 de mayo de 1911, capturó imágenes de los tumultos en la capital. Son quizá algunas de las escenas con mayor movimiento en su producción de la Revolución; el



registro lo realiza a un costado de Palacio Nacional: un tranvía secuestrado que circula atiborrado de gente ante la mirada de los parroquianos.

Al día siguiente, 26 de mayo, acude a Cuernavaca para captar la entrada de Zapata a la ciudad y así obtener una magnífica imagen del contingente suriano. Hay otras fotografías poco conocidas y menos difundidas, entre ellas, una en la que es testigo de cómo la gente del pueblo escucha el discurso de Zapata —quien supongo se ubicaba en lo alto—, y en la que, desde un encuadre inusual, dejó fuera al caudillo para presentarnos una audiencia que parece mirar al cielo. Posteriormente Brehme estuvo en el cuartel, como lo demuestran varias de sus tomas célebres, entre ellas la de los hermanos Zapata con sus respectivas mujeres, que conocemos gracias a

la agencia Casasola que la hizo circular a partir del ya mencionado recurso de la reprografía.

Durante poco más de una década le fue atribuido a Brehme el retrato de Zapata en el patio del cuartel, publicado en *El Imparcial* el 16 de abril de 1913. En un análisis presentado en la revista *Alquimia* (núm. 36), sin embargo, se precisa que en realidad le pertenece a un fotógrafo norteamericano.³

Decena Trágica

Brehme se ubica también como testigo de la *Decena Trágica*, no obstante, su mirada es muy distinta a la de los fotorreporteros de la época, pues no se sitúa en la línea de fuego como Osuna o Heliodoro J. Gutiérrez, o en las escenas que registran brutalmente los sucesos, como las Míret. Sobre todo en las tomas de La Ciudadela, La Casa Colorada, Niño Perdido y La Calle Ancha, se advierte la destreza en el manejo de la cámara, pero también el ojo que escudriña para componer escenas balanceadas, bien estructuradas, difíciles de conseguir entre disparos; es por ello que guardan semejanza con las imágenes de estudio en la distribución de sus personajes y los elementos arquitectónicos y construyen un paisaje urbano, como también se

percibe en los registros de la 5ª calle de Balderas. Todas ellas son previas o posteriores al preciso momento de las escaramuzas o en la preparación de la artillería, lo cierto es que apelan a un sentido estático de proporción y belleza apolínea más emparentados con el gusto porfiriano, aunque no por ello de menor valía. La lente de Hugo Brehme corresponde a los ojos de un grupo social privilegiado —no necesariamente el que ostentaba el poder— que ve trastocado el orden social y que, aunque es testigo de los sucesos, no termina de habituarse a ellos.

³ Véase Mayra Mendoza, "El Zapata de Brehme: análisis de un caso", en *Alquimia*, núm. 36, mayo-agosto, INAH-SINAFO, México, 2009, pp. 83-85.

La intervención norteamericana

Hacia 1914 Brehme vuelve a la escena revolucionaria. El punto de vista de sus imágenes difiere respecto a las de Hadsell, Flores Pérez y otros que cubrieron el suceso de abril a noviembre mostrando violencia y destrucción explícita; al mismo tiempo, coincide con Eduardo Melhado, sobre todo en los días en que los *marines* acampaban en Los Cocos, Veracruz, donde la ofensiva no es puesta en evidencia. Son retratados sobre todo en actividades cotidianas como el rancho, el descanso, la charla informal, y por ahí también tiene cabida una mujer rubia que mira al fotógrafo con los brazos en jarra entre las hileras de tiendas de campaña. Sin embargo, a diferencia de Melhado, las cualidades compositivas de Brehme son superiores.

También en este periodo produjo una notable imagen de violencia implícita, con la bandera norteamericana en lo alto del mástil, desde una desolada vista de San Juan de Ulúa: la inminente invasión había sido consumada. Se debe comentar que es completamente opuesta a las fotografías que se difundieron del célebre momento, cuando fue izada la bandera con las ondeantes barras y estrellas. También hay que mencionar las marinas de corte pictorialista, con la puesta del sol interrumpida por las siluetas de los buques de guerra en lontananza.

Actualmente se tiene documentado que no sólo arribaron barcos norteamericanos a Veracruz, sino también lo hizo el barco alemán tipo crucero SMS Bremen, encubriendo los intereses alemanes bajo la encomienda de calmar a la población alemana residente en México. Algunas imágenes de Brehme dan crédito de ello, con la tripulación en su uniforme blanco de verano y que, aun con el sol de frente, sonrío a la lente en actitud



de camaradería, igual que sucede a bordo de los norteamericanos U.S.S. Texas y U.S.S. Connecticut.

Carrancistas, villistas y federales

Brehme no fue ajeno a otros acontecimientos que sucedieron en su país adoptivo. En agosto de 1914 se situó en lo alto de un edificio para registrar la cuantiosa multitud que asistió a la entrada de Carranza a la ciudad de México. En el mismo mes, pero en Xochimilco, realiza diversas escenificaciones y retratos de grupo a federales en una actitud corporal que denota desenfado y que, a





veces, invita a corresponder la sonrisa esbozada en sus rostros. Unos meses más tarde, “Diciembre de 1914, Pancho Villa en México”, se ubica en Paseo de la Reforma para captar un retrato grupal ecuestre, en el que se ve al caudillo bien acicalado, con el cabello recién cortado y un impecable uniforme militar; horas más tarde tendrán lugar los conocidos registros en la silla presidencial al lado de Zapata, Montaño, Fierro y Urbina.

“Villistas. Estación Central. México” es posiblemente un trabajo fino de montaje fotográfico o, al menos, eso se infiere al observar cuidadosamente la marcada diferencia de escala humana entre las mujeres en el techo de los vagones, además de la inusual presencia de un fogón y un perro en el mismo espacio. Debe tomarse en cuenta que la práctica del montaje fue un recurso presente en la producción del autor. Incluso en *México pintoresco* insertó a tres personajes entre los plataneros de la tierra caliente. Sería ésta una síntesis del imaginario que comenzaría a crearse en torno a la vida cotidiana en la Revolución y un resumen de lo que haría de este autor uno de los más connotados en la creación de estereotipos para el incipiente nacionalismo que proyectaba y que, poco más tarde, perfeccionaría a través del paisaje.

Notas técnicas

En cuanto al proceso técnico, es meritorio reconocer la calidad de la óptica empleada por Brehme durante este

periodo, ya que es posible admirar la perfección del detalle y de la profundidad de campo, como lo muestran los arreos del buque Bremen. Por lo general, las impresiones de esta época y de temática revolucionaria superan a las de otros fotógrafos en igualdad de circunstancias, posiblemente por la calidad manifiesta en su propuesta visual, que en otros fotógrafos empezaba a ceder en aras de la primicia periodística. Las imágenes de Brehme son impecables, y tal vez no sea aventurado aseverar que su preocupación no fue competir por la fotografía del suceso, sino conseguir un ensayo visual más cercano a lo que hoy llamaríamos fotografía documental.

Es importante resaltar que una buena parte de la colección de piezas fotográficas *vintages* del Museo Franz Mayer son probablemente impresiones en “bromide paper” o “papel de gelatino-bromuro”, un papel plata/gelatina de excelente calidad, popular entre los maestros de este oficio, cuya tonalidad obtenida guarda semejanza al acerado del platino y que se obtenían por contacto con el negativo. Posiblemente de ahí surgió la idea tan repetida sobre Brehme como el introductor de novedosas técnicas y su uso continuo del bromuro, siendo que 80% de su producción fue realizada en papel fotográfico de plata-gelatina —aun en las postales— y, en menor proporción, en medios alternativos como la cianotipia, el carbón-*print* y los procesos fotomecánicos. Incluso un gran número de impresiones plata/gelatina, sobre todo de colecciones familiares, están coloreadas y las más de las veces son confundidas con gomas bicromatadas.

Colofón

Hugo Brehme elaboró con una impecable técnica un trascendente testimonio de los sucesos revolucionarios acaecidos en una tierra extranjera dominada por la inestabilidad política y social. Pasarían sólo algunos años para que se iniciara una construcción de país en la que este autor encontraría cabida desde la sociedad civil, al contar con una representación fotográfica de “Nación” acorde a los tiempos posrevolucionarios. ☞

Revueltas: crónica de una vida militante

(“Señores, a orgullo tengo...”)

Señores, a orgullo tengo
de ser antiimperialista,
Señores a orgullo tengo
de ser antiimperialista
y militar en las filas
del Partido Comunista
(se repite)

Con la música del “Corrido de Cananea”

Gris y verde es toda teoría

“Gris es toda teoría, mas verde es el árbol de oro de la vida”. Con obsesión, José Revueltas (1914-1976) repite la frase de Goethe en escritos y cartas. Es su lema y su justificación, y el paisaje autobiográfico en donde sólo se cumple a medias, como lo atestiguan los centenares de páginas que dedica a la teoría.¹

¹ Cf. José Revueltas, *Escritos políticos (El fracaso histórico del partido comunista en México) I, II y III*, recopilación y notas de Andrea Revueltas y Philippe Cheron, Ediciones Era (*Obras completas*, 12, 13 y 14), México, 1984; *México: una democracia bárbara (y escritos acerca de Lombardo Toledano)*, 1ª ed. ampliada, recopilación y notas de A. Revueltas y P. Cheron, Ediciones Era (*Obras completas*, 16), México, 1983; *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, pról. de A. Revueltas, Rodrigo Martínez y P. Cheron, Ediciones Era (*Obras completas*, 17), México, 1982; *Cuestionamientos e intenciones (ensayos)*, presentación, recopilación y notas A. Revueltas y P. Cheron, Ediciones Era (*Obras completas*, 18), México, 1981; *Ensayos sobre México*, pról., recopilación y notas de A. Revueltas y P. Cheron, Ediciones Era (*Obras Completas*, 19), México, 1985; *Dialéctica de la conciencia*, pról. Henri Lefebvre, recopilación y notas de A. Revueltas y P. Cheron, Ediciones Era (*Obras completas*, 20), México, 1982; *Las evocaciones requeridas (Memorias, diarios, correspondencia) I*,

Desde la adolescencia de Revueltas, en su vida y en su trabajo literario hay elementos que se prestan a la leyenda y subrayan lo excepcional del personaje, en una época atenta a la personalidad de los militantes de izquierda o de derecha. Uno de ellos, Revueltas, vive el periodo de la década de 1930, cuando se alternan la clandestinidad, el auge de masas relativo pero vibrante, la lucha antifascista, y el heroísmo como mero cumplimiento del deber. Luego de la Segunda Guerra Mundial, sobrevienen el descenso del ánimo y de los alcances del trabajo partidista (el periodo 1940-1968), los documentos interminables de las reuniones de célula en el Partido Comunista que la realidad ignora, el ir y venir entre la represión interna (las alteraciones psicológicas) y la externa, la fragmentación a ultranza (“Si no se divide no es de izquierda”), la esperanza del auge de las masas, la desesperanza al ver cómo, al hartarse, las multitudes le ceden el sitio a los grupúsculos, y la tarea de unos cuantos: la insistencia, pese a todo, en los ideales.

pról. de José Emilio Pacheco, recopilación y notas de A. Revueltas y P. Cheron, Ediciones Era (*Obras completas*, 25), México, 1987; y *Las evocaciones requeridas (Memorias, diarios, correspondencia) II*, recopilación y notas A. Revueltas y P. Cheron, Ediciones Era (*Obras completas*, 26), México, 1987.

A lo largo de casi medio siglo, José Revueltas vuelve al punto de partida, colecciona expulsiones, toma nuevo impulso, se recupera... y en todo este tiempo no disminuye su gana de escribir y vivir simultáneamente las experiencias. En *Las evocaciones requeridas* hay notas, cartas, textos que le aclaran a la Historia su curso, fragmentos que en conjunto son un pre-proyecto de la biografía de Revueltas, de la que Álvaro Ruiz Abreu ya ofreció la valiosa primera versión.²

La militancia precoz de José Revueltas depende, en gran medida, de la cohesión de su (numerosa) familia duranguense que en 1920 se traslada a la ciudad de México. A José lo animan la incandescencia artística y política de sus hermanos Silvestre, el músico, y Fermín, el pintor y grabador, y el rigor de su hermana Rosaura, la actriz. Impulso construido al unísono o coincidencia de los temperamentos, la entrega al arte es el común denominador de los Revueltas. En los casos de Silvestre, Fermín y José, y en un grado menor pero excepcional, en el de Rosaura, al arte se añade la militancia, esa "ansiedad cosmogónica" que domina a Silvestre y Fermín, y que por décadas le hace vivir a José como empresa mística la pertenencia al Partido (el único concebible, el Comunista), con todo y el (imposible) centralismo democrático impuesto por Lenin.

*"No pienso, no he pensado,
ni pensaré cambiar de manera de ser"*

1929. En medio de la campaña de Vasconcelos a la presidencia de la República, el Partido Comunista Mexicano, creado en 1919, persiste en la clandestinidad, lo que en la ciudad de México equivale a decir: reuniones en azoteas y sótanos, mítines que retan a la policía, querrelas internas, ajustes rituales a la voluntad de la URSS. Un radical de 15 años de edad ingresa a la cárcel por vez primera cuando el Partido festeja en el Zócalo el aniversario de la revolución soviética. A Revueltas se le encarga colocar la bandera roja en la catedral y "adiestrar al populacho" con arengas. Se produce la carga policiaca, él se empeña en defender la bandera del proletariado, se le detiene junto a los subversivos y el adolescente ingresa a la correccional para menores bajo los cargos de rebelión, sedición y motín. Se le sentencia a un año y un

² Cf. Álvaro Ruiz Abreu, *José Revueltas: los muros de la utopía*, Cal y Arena-UAM Xochimilco, México, 1992.

día de cárcel. El reo se lamenta de no ir a la penitenciaría con sus compañeros, intenta una huelga de hambre y es puesto en confinamiento, lo que le alegra: es la oportunidad de leer sin molestias. A los seis meses obtiene la libertad bajo fianza.

A Revueltas no lo aceptan en la Juventud Comunista "por una razón peregrina, pero típica: porque era yo demasiado 'inteligente' para la Juventud Comunista y, por ende, muy peligroso, y me pasaron directamente al partido. Eso fue en el año treinta".³ Entonces a los comunistas (unos centenares) se les persigue regularmente, de modo más severo en provincia, se les aísla socialmente, se insiste en su condición de "excéntricos peligrosos", entregados a la doble blasfemia: no creer en Dios y no aceptar como eterno el capitalismo.

Se envía a José dos veces al penal de las Islas Marías, de julio a noviembre de 1932, y de mayo de 1934 a febrero de 1935, la segunda ocasión por participar en una huelga agrícola. Las prisiones consolidan su amor sin límites por la literatura y, también, lo retienen en su afán perentorio: la humanización de los pobres. Y la pertenencia al Partido arrastra consigo la zozobra, la vida bajo la sospecha de los propios, la investigación parapoliciaca de los probables espías del gobierno (todos): quién será trotskista y colaboracionista o agente de Wall Street. Hoy son ya irreconstruibles estas atmósferas de los perseguidos perseguidores. En la década de 1940, Revueltas proclama en un informe al PCM:

Sin estudios políticos y con un simple deseo de luchar "por el comunismo" yo no supe establecer distinción alguna entre el trotskismo y el comunismo. En cuanto me puse a estudiar los documentos del PCM y de la IC [Internacional Comunista], abandoné inmediatamente el trotskismo e hice una extensa declaración pública (se encontrará en los archivos del PCM) condenando al trotskismo como la vanguardia de la contrarrevolución burguesa y un agente policiaco del enemigo.⁴

Igualar con la vida el pensamiento. Su hermana Rosaura le escribe al penal de las Islas Marías y le suplica que considere la enfermedad y la aflicción de su madre. Revueltas desdeña el ruego: "Me permitirás no me refiera a la serie de consideraciones sentimentales que haces en ella [la carta]. Mi contestación sería la de siempre: no

³ María Josefina Tejera, "Literatura y dialéctica", en *Conversaciones con José Revueltas*, comp., pról., notas e índice de A. Revueltas y P. Cheron, Ediciones Era, México, 2001, p. 45.

⁴ J. Revueltas, *Escritos políticos I*, op. cit., p. 180.



Un equilibrio peligroso.

pienso, ni he pensado, ni pensaré cambiar de manera de ser. Tú misma, a pesar de todo lo que dices, en el fondo te sientes de acuerdo en que esto es lo justo [18 de diciembre de 1934].⁵

Una vez su hermano de militancia, Enrique Ramírez y Ramírez, luego dirigente del Partido Popular, político del PRI y director de *El Día*, me contó un episodio dramático. En las Islas Mariás, Revueltas se escribe con su novia, también comunista. Al enterarse los encargados de la vigilancia revolucionaria del amor encendido y mutuo, se preocupan y le notifican a la compañera: "Debes terminar esta relación para que no se debilite el compromiso de Revueltas". Ella le envía una carta de adiós, y José, profundamente alterado, continúa en su militancia.

Como en todas partes, la militancia tiene una vertiente mística. "A mí, marxista convicto y confeso", escribe José Carlos Mariátegui, con el mismo énfasis con que

⁵ J. Revueltas, *Las evocaciones queridas I*, op. cit., p. 96.

declara: "El marxismo es una religión". En tanto comunista en pos de la interpretación correcta de los hechos, Revueltas necesita hacerse de la suma de verdades. A Elena Poniatowska le cuenta su crisis "espiritual" grave:

De los nueve a los once años fui muy religioso y tuve una crisis espiritual grave, muy seria, muy intensa: al extremo de que (como en el cuento de Bernard Shaw que buscaba a Dios) empecé a buscar a Dios en todas las religiones; me pasé tres años en la biblioteca estudiando religiones para ver cuál era la que me convenía y así encontré el materialismo vulgar, luego el materialismo dialéctico socialista de Kautski, hasta caer en el marxismo propiamente dicho.⁶

¿Qué es la *ortodoxia* y en dónde se le ubica? ¿Cuáles son los Libros Sagrados, además de *El Capital*, que nadie lee, *El AntiDühring* y *El Estado y la Revolución*? ¿Sólo la lucha incesante genera conocimiento? Puntualiza Revueltas:

Entonces no teníamos acceso no solamente a la literatura en general, sino que había un *index*: ya a Bujarin no lo leíamos, a Trotsky, ¡qué lo íbamos a leer! Yo sí lo leía. Por ejemplo, puedo citar el caso de que en México podemos darnos el orgullo de que fue el primer país que editó los *Manuscritos económicos del 44* de Marx, pero se nos prohibió leerlos porque era una edición trotskista; yo los leí desde entonces, pero nadie más, lo veían a uno con malos ojos si traía uno bajo el brazo los *Manuscritos del 44*.⁷

Los marxistas "primitivos": la intolerancia por fe y no por demostración. Los comisarios del Partido no suelen leer porque lo *prohibido* lo afecta y lo infecta todo, y porque la *praxis* es la maestra perfecta. Revueltas concluye: "El partido se había convertido en una iglesia, no había lucha de tendencias, no había democracia cognoscitiva interna" (p. 195).

El cielo de los comunistas es, casi literalmente, la Historia, la Idea Trascendente a la que se ingresa al final del combate y de modo casi físico, pero que es desde el principio la inmersión en lo sagrado que ayuda a soportar las derrotas y las embestidas de la reacción. Ya lo

⁶ Elena Poniatowska, "Vivir dignamente en la zozobra", en *Conversaciones con José Revueltas*, op. cit., pp. 140-141.

⁷ Guadalupe Pacheco Méndez, Arturo Anguiano Orozco y Rogelio Vizcaino A., *Cárdenas y la izquierda mexicana. Ensayos, testimonios, documentos*, Juan Pablos Editor, México, 1975, p. 194.

dice la versión en español del himno soviético "La Joven Guardia": "Al burgués implacable y cruel / no le des paz ni cuartel".

Entre el pueblo y la revolución

En medio del apego a las versiones correctas del Evangelio según la URSS, lo singular de Revueltas es el amor indetenible a la literatura. La izquierda comunista lee poco (leería más si no estuviera pendiente del "Index soviético"), y se acerca de preferencia al realismo de Gorki o Henri Barbusse, y sus desdichados epígonos del realismo socialista (título típico: *Así se templó el acero*). Revueltas es un hereje del gusto. Venera a Dostoievski, a Proust, a Tolstoi, y aguarda el *nihil obstat*, el "No hay inconveniente de lectura" del Politburó. Las efusiones incluyen a mexicanos del siglo XIX como Micrós y Rafael Delgado, Balzac y los simbolistas; escribe a su primera esposa Olivia, a la que llama Solveig, por el personaje de Ibsen: "Chejov es noble. Generoso. Te va a dar mucho gusto y un gran entusiasmo leer esta parte del libro. ¡Han existido hombres tan puros como Chejov! ¡Existen hoy! ¡Existirán miles y centenares de miles mañana!"⁸ Al sentirse un viajero lírico por esta tierra, Revueltas se deslumbra con las representaciones de la humanidad, en particular con las de Knut Hamsun y sus visiones desgarradas de la miseria.

Como documenta *Las evocaciones requeridas*, Revueltas no sufre la previsible escisión mental entre el militante y el escritor. Su lenguaje es siempre el del recién llegado al portento, quiere repartirse entre el Pueblo y la Revolución, y lo dice, sin resguardar nada para sí mismo: qué diablos significa una persona ante la construcción del socialismo, que merece la demolición constante del ego. En 1939, la Comisión Nacional Juvenil del PCM lo regaña por incumplido y borracho. Él, de inmediato, renuncia a lo personal: "es estúpido publicar lo literario que uno escribe; es vanidoso y estúpido" (p. 185), y siente que la certeza lo redime de sus faltas: "sé que me salva ante el partido mi honda, profunda convicción comunista; mi amor por la Internacional; mi adhesión sin límites a la URSS; mi fidelidad a Stalin" (p. 188).

En 1935, Revueltas viaja a la URSS como delegado al VII Congreso de la Internacional Comunista. Según nos relató alguna vez, la ceremonia de inauguración es

portentosa: por doquier la bandera roja, las hoces y los martillos como dientes de dragón, los trajes regionales, la guardarropiá de la humanidad venidera, constituida por los emblemas nacionales y nacionalistas. Al entrar el Padre de los Pueblos, se oye algo más que un ruido poderoso, es el estruendo de la politización de los abismos. Los comunistas mexicanos, unos cuantos, quieren aportar su admiración con la prueba irreductible. Con el puño en alto, incorporan su vocerío a los aplausos interminables: "¡¡Chingue a su madre Stalin, chingue a su madre Stalin, chingue a su madre Stalin!!" Los demás los oyen sin entender, seguros de hallarse ante una antigua alabanza azteca. Y Revueltas concluye, convencido de lo excepcional de su acción: "¿Qué mayor ofrenda vocal le está permitida a un mexicano?"

* * *

¿Cómo se alcanza esta psicología devocional? En una entrevista, el líder histórico de la izquierda partidaria, Valentín Campa, refiere un episodio típico o clásico, como se prefiera:

La de Puebla [una marcha de desocupados organizada por los comunistas] sí llegó, con cuyo motivo hubieron actos dramáticos, a la llegada de esa marcha fue rodeada por la policía montada, ahí frente a San Lázaro y los desocupados con las mujeres y los niños se agruparon; hay una fotografía que es histórica: está un compañero nuestro, Francisco Gallardo, hablando en el centro, rodeado por los obreros y las mujeres y los niños, ¡y la policía alrededor con los sables desenvainados golpeando a la gente y toda la gente cantando "La Internacional"! Y fue tan militante la actuación del grupo de desocupados que no pudieron dispersarlos porque se cerraron, y así llegó la marcha hasta el Zócalo.⁹

En el México de la década de 1930, el militante de hierro, el bolchevique abnegado, es aquel que unifica las experiencias de la Revolución mexicana (versión campesina) con los relatos emocionados de la edificación del socialismo en un solo país. Ante la responsabilidad histórica no hay tiempo para las dudas ni las vacilaciones frívolas. Al Partido pertenecen, o en torno del Partido se movilizan, maestros rurales, mujeres ansiosas de sus derechos y hartas de las esclavitudes del patriarcado, pintores, grabadores, profesionistas que detestan el

⁸ J. Revueltas, *Las evocaciones requeridas I*, op. cit., p. 110.

⁹ G. Pacheco Méndez et al., *Cárdenas y la izquierda mexicanos*, op. cit., p. 130.



envilecimiento de la Revolución, obreros, campesinos, *desocupados* (que luego se llamarán desempleados). Esta minoría de minorías vive entre irradiaciones, al comprender súbitamente un texto de Marx, la frase de Engels que aclara una disputa, la cita de Preobrayenski o de Radek que delata la mentalidad pequeñoburguesa de quien la emite, las imágenes de la toma del Palacio de Invierno, las fotos de Lenin en las arengas o de Stalin en su sillón. ¿Qué más patrimonio?... El mismo Luis Cardoza y Aragón, el gran escritor guatemalteco-mexicano, en la crónica de su viaje a la URSS, *Retorno al futuro*, describe un primero de mayo en la Plaza Roja de Moscú, en plena dictadura sangrienta de Stalin:

Es muy bella esta noche en Moscú.

El pueblo terminó su desfile inmenso frente a la tumba de Lenin. En su tumba de granito rojo, yace el inmortal, mientras su sueño cobra realidad y se anima. Lenin sigue soñando, y su sueño de justicia y redención lo veo ante mí en este desfile. Lo veo vivir, crecer como una gran corriente universal.

Lo que su prodigiosa cabeza imaginaba, aquí está desfilando a sus pies, con sus armas victoriosas, sus planes de paz y su esperanza de más justas normas de convivencia humana.

Lenin sigue soñando en su féretro de cristal de roca. Su fantasía cobra cuerpo y vida real. Lenin sigue soñando, vivo para siempre en el corazón de los trabajadores del mundo.¹⁰

La militancia: la eliminación del egoísmo pequeñoburgués. Enrique Ramírez y Ramírez, en condiciones

¹⁰ Luis Cardoza y Aragón, *Retorno al futuro*, Moscú 1946, Letras de México, México, 1948, p. 100.

económicas precarias, gana un premio en la lotería y le entrega el dinero a la organización. Revueltas le escribe a Olivia: “Tú bien sabes que la pobreza me da mucha alegría. Es entonces cuando me siento más honrado, mejor. No te apures, lo que se pierde en la estúpida y miserable vida diaria se gana en el espíritu, y esto basta [22 de junio de 1938]”.¹¹

Las tribulaciones del hombre nuevo

El que pertenece a este ámbito desprecia o invierte los términos de las nociones públicas de fracaso y marginalidad. Son sande-

ces, pues la derrota genuina es la ausencia de una causa que explique el devenir; la marginalidad ante la Historia consiste en el abandono del socialismo, del Partido, de la URSS. Incluso en sus recuentos inmisericordes (*Los días terrenales*, *Los errores*) o al desencantarse con ferocidad del socialismo real, Revueltas pone de relieve la excepcionalidad de los que retomaron y afinaron el espíritu cristiano, se enfrentaron a los prejuicios, y no vacilaron ante el martirio posible, ese arrebatado que le cede el tiempo vital al Partido, porque de allí proviene la redención de los desposeídos: “Nosotros tenemos el deber de escribir esa rabiosa novela mexicana sin tregua; hay que hacerla, como una aportación a la patética esperanza de nuestro proletariado y nuestros campesinos [15 de diciembre de 1939]” (p. 192).

Estos son los años de la Vieja Guardia, los militantes de hierro contra el fascismo, contra el trotskismo, contra el entreguismo que denuncia el olvido de una reunión. En 1971, Revueltas le escribe a su hija Andrea:

Cada vez que me encuentro con un comunista de los treinta —y quedan pocos—, me basta mirarlo a los ojos: son un pozo de tristeza, de larga, increíble soledad. Queda algo importante: el amor que nos tenemos y la decisión —desesperada, si lo quieres— de seguir luchando. ¿Fe en el hombre? Quizá no pueda contestarse afirmativamente.¹²

Pero tampoco puede contestarse despreciativamente. Sin la fe en el *hombre nuevo* no se hubiese creído de

¹¹ J. Revueltas, *Las evocaciones queridas I*, op. cit., p. 160.

¹² J. Revueltas, *Las evocaciones queridas II*, op. cit. pp. 227-228.

modo tan ardiente en el inminente desenlace, la revolución que impartirá la justicia en todas partes. Y esto explica, tras las revelaciones de Jruschov en el XX Congreso del PCUS, el pesimismo inmenso, el sentirse cada uno de ellos *el* responsable del fracaso. Pero eso vendrá después; aún falta que el gobierno de Lázaro Cárdenas incorpore a la izquierda a sus movilizaciones, y que el gobierno de Manuel Ávila Camacho obtenga el apoyo del PCM y su decisión de disolver las células obreras en aras de la Unidad Panamericana. No es tarea fácil hacer de la raza humana un *soviet* internacional, y los comunistas mexicanos se impacientan y, ávidos de probar sus dotes dialécticas, se enfrascan en versiones rudimentarias de los Procesos de Moscú: Hernán Laborde y Valentín Campa son expulsados por negarse a participar en el asesinato de Trotsky; los opositores a tal o cual medida, por liquidacionistas o desviacionistas o fraccionalistas o reformistas o izquierdistas. Da igual, porque a la postre las acusaciones son tan abstractas como los elogios a los grandes líderes de la URSS que se vierten en prosa inaccesible.

“Un panorama cerrado y oscuro”

Revueltas da clases en la Secundaria Nocturna para Obreros, se casa con Olivia Peralta y empieza a publicar en 1937. En 1941 escribe *El luto humano* y, a fines de 1943, dirige *El Partido*, el periódico de su célula, la José Carlos Mariátegui, donde se acusa de “sectaria” a la nueva dirección del PCM. Inevitablemente, se acusa del fracaso (el no hallarse siquiera en los prolegómenos de la toma del poder) a la falta de liderazgo: “La debilidad principal de la revolución mexicana y del movimiento popular, es la ausencia de una verdadera vanguardia política de la clase obrera”.¹³

El genio en la botella: la vanguardia del proletariado. La dirección del PCM ordena la disolución de la célula José Carlos Mariátegui y sus integrantes se niegan. Firman entre otros Enrique Ramírez y Ramírez,

José Revueltas, Efraín Huerta, José Alvarado, Vicente Fuentes Díaz. Revueltas, más tarde, se acusará de “liquidacionista” y de abandono de los principios y de la disciplina.

Comienza la peregrinación por grupitos y publicaciones. Revueltas contribuye a fundar el grupo marxista “El Insurgente”, trabaja como guionista y argumentista de cine, interviene en la Mesa Redonda de los Marxistas Mexicanos (enero de 1947), ingresa en 1948 al Partido Popular (PP), llevado por la falta de alternativas y por admiración a Vicente Lombardo Toledano, “el líder obrero”, “un martillo de hierro” del estalinismo y un aliado fiel del gobierno del PRI (no hay contradicción).

De Lombardo, del que pronto se aparta por considerarlo un traidor que falla “por oportunismo político a la mexicana”, Revueltas extrae una lección: es una falacia “cambiar las cosas desde adentro [...] lo que pasa es que nos conquistan desde adentro. ¡Nadie sobrevive y el cambio se opera en uno! Uno no logra cambiar nada...”.¹⁴

Por lo demás, Revueltas cuenta el destino inmediato de *Los días terrenales* al ocurrir el gran escándalo:

Por su parte el editor de *Los días terrenales* no accedió al retiro de la novela. Estaba en lo justo: había comprado los derechos de la edición y ésta era legalmente suya. “Ya verá —me decía con un brillo alegre en los ojos—, con ese repudio público que ha hecho usted de

su libro, la edición se agota en un par de meses”. ¡Seráfica candidez de ese espíritu tan bondadoso como lo fue el de don Antonio Caso hijo! En tres meses no se vendieron tres ejemplares de la novela que con tanto escándalo había sido retirada por su autor. Vaya, ni dos. Sólo un lector anónimo y secreto adquirió el único ejemplar vendido en esos tres meses, que fueron también los más nutridos por toda clase de notas periodísticas, artículos, reportajes y entrevistas, que se arrojaron sobre el asunto en una ola de estupideces y majaderías fuera ya de toda proporción. “No puedo comprenderlo”, comentaba Caso, mientras los brazos le caían a los lados con desaliento.¹⁵



Una reconciliación.

¹³ J. Revueltas, *Escritos políticos I*, op. cit. p. 183.

¹⁴ E. Poniatowska, “Vivir dignamente en la zozobra”, op. cit., p. 144.

¹⁵ J. Revueltas, “Prólogo a mi obra literaria”, en *Cuestiona-*

Otros menesteres de Revueltas: se casa con María Teresa Retes en 1947, es candidato a diputado federal por el PP (acto testimonial), se le nombra Secretario General de la Sección de Autores y Adaptadores del Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica (STPC).

“Una consideración negativa, antidialéctica, antimarxista”

En la década de 1940, Revueltas parece otro más de los comunistas a la deriva, a la caza de alternativas ante la hegemonía del PCM en la izquierda. Pero la incertidumbre no frena su trabajo literario y sus ensayos políticos. Escribe a todas horas, entre “disipaciones del ánimo sobrio”, noches y días enteros y se da tiempo de anotar aforismos, recoger intuiciones y temas de cuentos y, en los camiones, observar los rostros (y las situaciones que los rostros resguardan).

En 1949, en plena Guerra Fría, Revueltas publica su novela *Los días terrenales* y ve montada su obra de teatro *El cuadrante de la soledad*. Sus viejos camaradas lo llaman a cuentas. En sus textos no hay optimismo revolucionario, refleja la “ideología de la burguesía decadente”, calumnia la fraternidad comunista. En *La Voz de México*, el órgano del PCM, se escribe:

no es extraño que ahora se encuentra que obras de Revueltas que antes parecieron positivas o revolucionarias, resultan hoy, precisamente, trabajos de un contenido profundamente reaccionario y decadente, apegado en forma precisa a la filosofía más reaccionaria de la burguesía: el existencialismo.¹⁶

Concluye *La Voz de México*: los libros de Revueltas “hurta[n] entre lo más podrido de la humanidad”, y presentan “un panorama cerrado y oscuro, sin ninguna posibilidad de cambio” (p. 191). Revueltas, que lleva años de no pertenecer al PCM, no acepta la condena de toda su obra; sólo reconoce desvíos ideológicos en *Los días terrenales*, niega ser “existencialista”, filosofía que sólo conoce luego de ser clasificado como adepto, y se defiende de las “excomuniones” de Ramírez y Ramírez y

mientos e intenciones, presentación, recopilación y notas de A. Revueltas y P. Cheron, Ediciones Era (*Obras Completas*, 18), México, 1978, p. 127.

¹⁶ J. Revueltas, *Escritos políticos I*, op. cit. p. 190.

de Antonio Rodríguez, crítico de arte. En su novela anterior, *El luto humano*, se propuso exaltar el sentido cósmico de la vida humana por encima de sus fatalidades momentáneas. Y luego, embargado por un sentimiento de culpa paracristiano, Revueltas cede al final. El aislamiento es excesivo, y él se vuelve su acusador principal. El 16 de junio de 1950, retira de las librerías *Los días terrenales* y suspende la representación de *El cuadrante de la soledad*. En 1956, en la carta expiatoria donde razona su reingreso al PCM, Revueltas es mucho más categórico que sus críticos:

Los días terrenales parten de una consideración negativa, antidialéctica, antimarxista, que es la de considerar al hombre como un ser sin finalidad alguna sobre la tierra. *Los días terrenales* juzgan al hombre valiéndose de la misma medida con que se juzgan los demás fenómenos de la naturaleza, es decir, como si el hombre fuera una entidad inconsciente. Aquí radica el error básico, mecanicista, que me hizo caer de lleno en una filosofía reaccionaria y pintar un mundo falso, de seres abyectos, deshumanizados, extravagantes, enfermos moral y físicamente, para quienes no hay ninguna salida, fuera del suicidio. Es lógico que una novela semejante no tenga otro resultado que un efecto desmoralizador y que no tienda —de igual modo que la literatura decadente actual, que es inspirada por el imperialismo y sufragada por él— sino a desarmar al proletariado, calumniar a los comunistas y a predicar la disolución y quiebra de todos los valores.¹⁷

Y declara Revueltas, a la vez alegre y desoladamente:

Fuera de *Los días terrenales*, toda mi obra restante está escrita desde las filas del partido comunista, sin que entonces se me haya hecho ninguna observación, excepto el haberseme solicitado —por el propio camarada Encina—, en relación con *El luto humano*, de la manera más fraternal, amistosa y sin que mediara coerción de ninguna especie, el retiro de la dedicatoria que ostentaba dicho libro, pues la persona objeto de tal dedicatoria [Andrés García Salgado] ya no podía considerarse ni como camarada ni como amigo, por lo que accedí en el acto, y del mejor grado, a hacer lo que se me pedía (p. 88).

(Dos aclaraciones: Encina es Dionisio Encina, el líder del PCM, y Andrés García Salgado, militante desde la década de 1920, combate en las Brigadas Internacionales en España, y muere el 19 de septiembre de 1985 en uno de los edificios de Tlatelolco durante el terremoto.)

¹⁷ J. Revueltas, “Declaración política de reingreso al Partido Comunista Mexicano”, en *Escritos políticos I*, op. cit. p. 91.

Crónica de dos descubrimientos*

Alfonso Reyes y Werner Jaeger

En un simpático y sustancioso ensayo de 1949, Alfonso Reyes enumeró casi todas las posibilidades de la literatura epistolar: hay cartas privadas, de intenciones literarias o estéticas; novelas o cuentos escritos como cartas; cartas educativas, filosóficas, jurídicas, teológicas, amorosas, filológicas, de relaciones de viaje. Todo, asegura Reyes, puede ser pretexto para escribir una misiva.¹ Lo peculiar de ellas es el diálogo, el intercambio, el vínculo entre dos personas. Ya en sus años mozos, allá por 1911, Reyes, bajo la tutela exigente de Pedro Henríquez Ureña, fue obligado a abandonar la “proverbial pereza hispánica en los usos prácticos de las misivas”. El amigo y maestro dominicano, desesperado por la falta de noticias, pedía que le escribiera más cartas.²

* Tomado del libro *Un amigo en tierras lejanas: correspondencia Alfonso Reyes/Werner Jaeger, 1942-1958*, estudio, edición y notas de Sergio Ugalde Quintana, El Colegio de México, México, 2009.

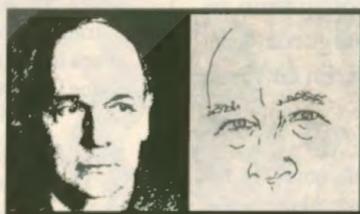
¹ Alfonso Reyes, “Literatura epistolar” (1949), en *Obras completas*, vol. XXV, FCE, México, 1991, pp. 477-489.

² Cf. Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, José Luis Martínez (ed.), FCE, México, 1986. Cito un ejemplo: “Dame detalles de los sucesos políticos, y haz que Martín me escriba largo. Supongo que a los demás es imposible hacerlos escribir. Los mexicanos son gente que no viaja, y, por lo tanto, no saben escribir cartas” (Carta de Pedro Henríquez Ureña

UN AMIGO EN TIERRAS LEJANAS

ALFONSO REYES
CORRESPONDENCIA
WERNER JAEGER (1942-1958)

Estudio, edición y notas de
Sergio Ugalde Quintana



Seguramente el consejo quedó muy grabado en él, pues con el correr de los años, Alfonso Reyes llegó a entablar correspondencia con al menos 2750 personas.

La cantidad abrumadora de correspondencias sólo es comparable con los universos culturales que esas cartas dejan entrever. Sus epistolarios pueden leerse como los mapas de sus relaciones intelectuales. En ellos no sólo se encuentran las ideas del hombre, sino los hechos que vinculan a ese hombre con su entorno. A justo título, se puede decir que en esas correspondencias se descubren las “perspectivas sobre el mundo cultural de ciertas figuras eminentes”.³ El propio Reyes ha sido enfático sobre

el interés que despierta el estudio de los documentos epistolares:

Sin el estudio de las cartas, la cultura en general (tesoro espiritual acumulado por las generaciones), la historia, la biografía, las letras, presentan zonas de silencio o, a veces, carecen de explicación. Ellas, como decía el Doctor Johnson, nos permiten apreciar los actos en sus motivos, los sistemas en sus elementos. Sin contar con el deleite desinteresado de viajar por estos paisajes interiores del hombre que sólo las cartas nos franquean.⁴

a Alfonso Reyes fechada en La Habana el 2 de mayo de 1911, en *Ibid.*, p. 167).

³ Alfonso Reyes, “Literatura epistolar”, *op. cit.*, p. 479.

⁴ *Ibid.*, pp. 488-489.

Creo que la relevancia, y la importancia, de la correspondencia entre Alfonso Reyes y Werner Jaeger debe verse en ese contexto: es el testimonio del mundo cultural de ambas figuras.

Los originales de las 44 cartas entre ambos están albergados en la Capilla Alfonsina de la ciudad de México bajo el folio 1284. El periplo de la correspondencia comienza hacia 1942. Jaeger tenía seis años de vivir exiliado en Estados Unidos y tres de haber obtenido la cátedra de estudios clásicos en la Universidad de Harvard. En esos momentos, le llega un libro remitido desde México. El texto trata sobre asuntos de la antigüedad clásica y lleva por título *La crítica en la edad Ateniense*. El autor, Alfonso Reyes, le era completamente desconocido. Jaeger nunca antes había escuchado ese nombre. Así lo asegura él mismo cuando, un tanto avergonzado, confiesa la doctísima fuente que consultó para averiguar su identidad: el *Who is who?* De igual manera, es muy probable que en ese entonces Reyes apenas haya tenido noticia de las labores del filólogo alemán. Hasta esa fecha no hay una sola mención a los trabajos o a la persona de Werner Jaeger en las obras del mexicano. En todo caso, el desconocimiento probablemente era mutuo. Por eso creo conveniente, para situar las dimensiones de sus figuras, hacer un breve recorrido por los intereses clásicos de ambos personajes hasta antes del inicio de su correspondencia.

I

Werner Wilhelm Jaeger nació el 30 de julio de 1888 en la pequeña ciudad de Lobberich, a orillas del Bajo Rin y cerca de la frontera holandesa. Provenía de una familia protestante de clase media. Su padre, como su abuelo, había sido empleado de una fábrica textil. Desde muy pequeño tuvo una evidente afición por Roma y Grecia; a los nueve años aprendió latín y, a los trece, griego. Durante su juventud, adquirió una sólida formación clásica en el Thomas à Kempis Gymnasium. En 1907 se matriculó en la Universidad de Marburgo, donde permaneció un semestre. Allí entró en contacto con la escuela neokantiana de Cohen y Nartop. El centro de las discusiones intelectuales de la Universidad de Marburgo, de ese momento, era Platón. El joven Jaeger descubrió allí que el mundo griego podía tener actualidad filosófica. Sin embargo, la Meca de la filología clásica —que seguía siendo su interés principal— no era Marburgo,

sino Berlín. La gran tradición filológica clásica alemana, que iba de August Boeckh a Ottfried Müller, tenía en ese momento como centro de irradiación la figura de Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, quien, desde 1897, en su trono berlinés, dictaba el ritmo de los estudios filológicos de Europa. El cambio de ciudad era inevitable. Ya instalado en Berlín, Jaeger muy pronto abrevó del influjo de cuatro filólogos: Johannes Vahlen, a quien siempre agradeció el trabajo gramatical, detallado, microscópico y paciente; Adolf Lasson, quien llamó su atención al contenido de los textos; Hermann Diels, director de su tesis doctoral sobre Aristóteles, además de amigo; y, finalmente, Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, a quien siempre consideró su maestro. El influjo de Wilamowitz sobre Jaeger puede observarse, según Wolfgang Schadewaldt, en tres aspectos: en principio, el conocimiento directo de los textos y los manuscritos, de ahí el trabajo brillante como editor de los clásicos; la convicción de que la historia de las ideas se construye con ejemplos concretos; y, finalmente, la seguridad de que la historia de la filosofía no puede verse aislada de los demás sucesos de la cultura.⁵ En poco tiempo, Jaeger se volvió uno de los alumnos más destacados del círculo berlinés. Wilamowitz, en una carta a Walter F. Otto, llegó a asegurar:

Él es nuestra gran esperanza. Un talento que (Diels y yo) no habíamos tenido hasta ahora entre los alumnos. Además de una fantasía constructiva, posee un sólido conocimiento del lenguaje. [...] Hacemos lo posible para facilitarle la existencia, y le deseamos lo mejor, pero no puede esperar mucho tiempo.⁶

Lo mismo opinaba Hermann Diels: “por el momento, él es la gran esperanza de nuestra disciplina”.⁷ La tesis doctoral de Jaeger, *Studien zur Entstehungsgeschichte der Metaphysik des Aristoteles*, Berlín, 1912, en poco tiempo se convirtió en una referencia obligada para los estudiosos del filósofo estagirita. El trabajo de “Habilitation” discurrió sobre un padre de la Iglesia poco

⁵ Wolfgang Schadewaldt, *Hellas und Sprien: Gesammelte Schriften zur Antike und zur Neueren Literatur*, vol. 2, Zurich-Stuttgart, 1970, p. 714.

⁶ Apud William M. Calder, “12. March 1921: The Berlin Appointment”, en William M. Calder III (ed.), *Werner Jaeger Reconsidered: Proceedings of the Second Oldfather Conference*, Held on the Campus of the University of Illinois at Urbana-Champaign, abril 26-28, Scholars Press, Atlanta Georgia, 1990, pp. 3-4.

⁷ *Idem*.

conocido: Nemesio de Emesa (*Nemesios von Emesa: Quelleforschungen zum Neuplatonismus und seinen Anfängen bei Poseidonios*, Berlín, 1914). En forma casi simultánea, Jaeger también destacó por sus ediciones de textos clásicos.

La nueva esperanza de la filología clásica alemana muy pronto obtuvo un puesto universitario. La cátedra que décadas atrás había sido de Friedrich Nietzsche en la Universidad de Basilea, pasó a manos de Werner Jaeger en 1914. En su lectura inaugural, "Philologie und Historie", Jaeger ya esbozaba un programa intelectual que tiempo después llevaría el nombre de "Der Dritte Humanismus" (el "Tercer Humanismo");⁸ en ella mantenía un diálogo en voz baja con Nietzsche y Wilamowitz.⁹ Sin embargo, el joven académico permaneció poco tiempo en la ciudad suiza. Pronto, en 1915, fue llamado a instalarse en Kiel. Ahí, tres años después de haber llegado, se desató una revuelta militar que se conoce como la Revolución de Noviembre. Jaeger asistió, entre desconcertado y temeroso, al nacimiento de la República de Weimar. La Primera Guerra Mundial (1914-1917) y los acontecimientos de noviembre lo impresionaron. Jaeger, como muchos intelectuales de su época, sintió que los valores de Occidente se desmoronaban. Ante ese espectáculo, frente a un mundo en ruinas, el filólogo creyó en la necesidad de reivindicar la tradición, de enarbolar la continuidad. La filología será el arma de salvación de los principios de Occidente.¹⁰ Con ella se descubrirán los valores eternos de la

⁸ Werner Jaeger, "Philologie und Historie" (1914), *Humanistische Reden und Vorträge*, 2a ed., Walter Gruyer, Berlín, 1960, pp. 1-16. En esta conferencia, Jaeger concebía la filología clásica como la guardiana y la sacerdotisa de los valores eternos de la cultura griega y romana.

⁹ Sobre las referencias implícitas de "Philologie und Historie" (1914) y los diálogos con la lección de Nietzsche "Homer und die klassische Philologie" (1869), véase el trabajo de Donald O. White, "Werner Jaeger's 'Third Humanism' and the crisis of conservative cultural politics in Weimar Germany", en *Werner Jaeger Reconsidered...*, p. 271.

¹⁰ En una carta de 1917, en plena Primera Guerra Mundial, Jaeger asegura: "von Woche zu Woche riesst dieser Krieg tiefer die Fundamente auf, darauf das Leben bisher gebaut war, und je prinzipieller und quälender ich persönlich als junger Mensch die Probleme durchleben und kämpfen muss, je weniger ich irgendwo Festes um mich in mir gewahr werde, desto mehr verfall ich dem Schweigen. Der Zweifel an allem, mir von Haus aus inwohnend, ist zeitweise so stark über die vor einigen Jahren zu schüchternen Fluchversuchen ansetzende Schwungkraft Herr geworden, dass selbst die Philologische Arbeit in Mitleidenschaft geriet." (Carta de Jaeger a Wilamowitz del 24 de julio de 1917, en

SANTORAL TUXTEPECANO
LA TRINIDAD DE DIOS



111 SEMANA Dios: Padre, Dios: Hijo y Dios: Espíritu-Santo

Antigüedad que puedan actuar en el mundo moderno. En los años de Kiel, Jaeger escribió los primeros borradores de su *Paideia*; inició sus trabajos de edición de las obras de Gregorio de Nisa; preparó conferencias y clases.

En 1921 fue llamado a ocupar en Berlín la cátedra vacante de Wilamowitz. El viejo y recalcitrante filólogo había tenido que retirarse debido a las nuevas leyes universitarias implantadas en la República de Weimar. Ese mismo año, el filósofo y pedagogo Eduard Spranger pronunció una conferencia "La situación actual de las humanidades y la escuela", en la que nombró "Tercer Humanismo" al nuevo movimiento, en el ámbito educativo, de revaloración humanística clásica.¹¹ Si en el Renacimiento y en la época de Goethe había resurgido el mundo helénico como un sistema de valores

Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, *Selected Correspondence*, William M. Calder (ed.), *Antiqua*, 23 (1983), p. 178.

¹¹ "Aber einen Unterschied unseres Humanismus, den man den dritten nennen könnte gegenüber jenen den zweiten, liegt in der Weite des Suchens und des Verstehens, das wir Modernen aufzubringen vermögen": Eduard Spranger, *Der gegenwärtigen Stand der Geisteswissenschaften und die Schule: Rede gehalten auf der 53. Versammlung deutscher Philologen und Schulmänner in Jena am 27. September 1921*, Leipzig, 1925, p. 7.

ejemplares, ¿por qué no esperar un tercer florecimiento? La respuesta de Spranger y de Jaeger, al buscar en la Antigüedad clásica los valores que salvarían la crisis cultural del presente, no fue una reacción aislada. En realidad, muchos académicos ortodoxos de su época compartieron su posición. Desde finales del siglo XIX se expandió el sentimiento generalizado de una decadencia cultural en el seno de la élite intelectual universitaria alemana. Varios elementos incidían en esa perspectiva desencantada. Por un lado, el vertiginoso proceso de industrialización que había cambiado por completo el paisaje cultural de Alemania. Las máquinas, los obreros, la tecnología conformaban, para algunos, la prueba de un mundo sin sustancia y sin alma. Por otra parte, un irremediable proceso de masificación de la enseñanza superior atomizaba a ciertos grupos que veían en la democratización educativa la pérdida de la antigua nobleza académica. Si a eso se aunaban la Primera Guerra Mundial, la Revolución de Noviembre y el periodo de la República de Weimar, el resultado era, para algunos grupos ortodoxos, una crisis total de la cultura. Los mandarines intelectuales se sentían desplazados. Ante ese espectáculo, algunos montaron en pánico, en tanto otros salieron a la defensa irrestricta de los valores occidentales. Este último fue el caso de Jaeger y muchos de sus colegas. La reacción ante la crisis, en algunos casos, fue el nacionalismo y el rechazo a las sociedades liberales. Los críticos ortodoxos se volvían profetas y se sentían víctimas de la modernidad.

En algún momento, alrededor de 1890, los académicos alemanes empezaron a expresar recelos con respecto al estado en que se encontraba la enseñanza alemana y la vida cultural en general. Hablaron de un declive en la vitalidad de sus tradiciones intelectuales, de una pérdida de significado y relevancia. Se preguntaron si ellos mismos eran parcialmente responsables por la superficialidad de la época, por la aparente separación de *Geist* y política, y por la violencia de los nuevos conflictos sociales. Empezaron a sospechar que

¡GLORIA!



*Triunfo después de tres batallas rotas
Y el mismo vino a aborrazarse como faldas.*

las universidades habían descuidado su verdadera función de liderazgo espiritual, que la cultura de los mandarines había sido desamparada por sus propios guardianes, así como por el resto de la sociedad alemana. Estas dudas siguieron preocupando a la comunidad académica desde la década de 1890 a la de 1930, y alcanzaron su mayor intensidad durante los primeros años del periodo de Weimar. En la década de 1920, ningún profesor alemán dudaba ya de la existencia de una profunda crisis de cultura.¹²

Los trabajos de difusión y de defensa de las humanidades clásicas que Jaeger impulsó a partir de los años veinte deben entenderse en ese contexto.¹³ El filólogo se tornó en el guardián de los estudios clásicos en la República de Weimar. En 1924 fundó la influyente *Gesellschaft für*

die antike Kultur (Sociedad para la Cultura Antigua) y su órgano de difusión: la revista *Die Antike. Zeitschrift für Kunst und Kultur des klassischen Altertums*. Un año después editó y publicó otra revista de perfil más académico: *Gnomon. Kritische Zeitschrift für die gesamte klassische Altertumswissenschaft*. Organiza coloquios, debate sobre el papel que deben tener las humanidades en la reforma educativa, discute sobre la salvación del bachillerato humanístico. En el periodo de entreguerras, Jaeger adquiere un papel relevante, como portavoz de una élite cultural, en el ambiente académico y universitario. En todas sus actividades, acordes con el programa del Tercer Humanismo, puede observarse una campaña de reivindicación y revaloración de los estudios clásicos y el deseo de actualizar los valores de la Antigüedad. A pesar de que tiempo después Jaeger negó haber pertenecido a ese movimiento, en la primera edición de *Paideia* en alemán, aparecida en 1933, el filólogo utilizó el término acuñado por Spranger:

¹² Fritz K. Ringer, *El ocaso de los mandarines alemanes: cate-dráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*, José M. Pomares (trad.), Pomares/Corredor, Barcelona, 1995.

¹³ Donald O. White, "Werner Jaeger's 'Third Humanism' and the crisis of conservative cultural politics in Weimar Germany", en *Werner Jaeger Reconsidered...*, pp. 267-288.

UNA INTERPELACION A LA ESFINGE MUDA.



—Con mil de á caballo, general, ¿hay reelección ó no hay reelección?

El futuro tercer humanismo debe de estar esencialmente orientado en el hecho fundamental de toda la educación griega, es decir, en el hecho de que la humanidad, el ser del hombre se hallaba esencialmente vinculado a las características del hombre considerado como un ser político.¹⁴

Algunos críticos han querido ver en el Tercer Humanismo el programa educativo del Tercer Reich.¹⁵ Sin duda, la aseveración es exagerada. Poco tiempo después, los propios filólogos nazis se deslindaron de la propuesta de Jaeger y del Tercer Humanismo. No obstante, los coqueteos fueron innegables.

El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler es nombrado Reich. Ese mismo año, apenas un mes más tarde, Jaeger dicta una conferencia sobre la educación del hombre político. Las ideas contenidas en esa conferencia despertaron fuertes suspicacias. El filólogo quiso aprovechar la situación y asignar a la filología clásica un papel central en la formación del nuevo hombre político. Quizá sea el momento más polémico de la vida intelectual del filólogo. Poco después aparece el primer volumen de *Paideia*. La recepción de la obra estuvo marcada por todas las contradicciones del momento. Bruno Snell señaló, en ese momento, los peligros de la obra de Jaeger: se ponía

¹⁴ Werner Jaeger, *Paideia, Die Formung des griechischen Menschen*, Berlín, 1933, p. 13. En ediciones posteriores, Jaeger cambió el término de Sprenger por el “futuro humanismo”.

¹⁵ Johannes Irmscher, *Die klassische Altertumswissenschaft in der faschistischen Wissenschaftspolitik. Altertumswissenschaften und ideologischer Klassenkampf*, Martin Luther-Universität Halle, Halle del Saale, 1980, p. 79.

a disposición de cualquier política, y eso, en tiempos fascistas, era sumamente peligroso.¹⁶ Sin lugar a dudas, Jaeger no fue un nazista; sin embargo, vivió en medio de todas las contradicciones que los grupos intelectuales ortodoxos experimentaron con el ascenso del nacional-socialismo. Muy poco tiempo después, un filólogo nacional socialista criticó severamente su idea de un humanismo demasiado literario, filosófico, estético y ético.¹⁷ La expectativa de influir en el sistema educativo nazi fracasó.

En 1936, ante las leyes antisemitas, Jaeger huyó de Alemania. Cinco años antes, el filólogo se había casado, en segundas nupcias, con una estudiante judía. El exilio era inevitable. La Universidad de Chicago

le abrió sus aulas. El ilustre alumno de Wilamowitz quemó sus naves y se instaló en Estados Unidos. No pasará mucho tiempo para que la Universidad de Harvard cree, ex profeso, una cátedra de Estudios Clásicos, sin obligaciones administrativas para el famoso filólogo. Werner Jaeger se instaló en Boston en 1939. Los estudios clásicos, en esos momentos, estaban en pañales en Estados Unidos. Los filólogos estadounidenses no tenían ni por asomo la tradición, la fuerza y el poder político de los alemanes. Jaeger se resigna. Sabe que no tendrá la capacidad de convocatoria que había tenido en sus años berlineses. Sus estudiantes no viven la filología clásica como un destino de vida, sino como un pasatiempo. Los clasicistas estadounidenses le parecen unos diletantes; filólogos de nueve a cinco. En ese ambiente, un día de inicios de 1942, llegó al cubículo de Werner Jaeger un libro remitido desde México por el editor encargado de

¹⁶ “Das ästhetische Humanismus forderte eine klassische Kunst —was soll man sich unter einer klassischen Politik denken? Für ein philologisches Werk kann der Hinweis auf das politische Verhalten der Griechen wertvoll sein [...]. Aber ein Humanismus mit bloßer ‘Hexis’ und reinem ‘Ethos’ ist geradezu unpolitisch, weil er nicht der Politik dient —oder weil er sich jeder Politik dienstbar machen kann; das heißt, daß er standing in Gefahr ist, Literatentum zu werden.” (Bruno Snell, “Paideia I” (1935), en *Gesammelte Schriften*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1966, pp. 53-54).

¹⁷ Hans Drexler, “Der Dritte Humanismus, Ein kritischer Epilog”, en *Auf dem Wege zum nationalpolitischen Gymnasium*, Diesterweg, Frankfurt, Beiträge zur nationalsozialistischen Ausrichtung des Altsprachlichen Unterrichts, cuaderno 10, 1938.

publicar su *Paideia* al español. El volumen lleva por título *La crítica en la Edad Ateniense* y el autor es un tal Alfonso Reyes.

II

En el último tercio del siglo XIX, varios escritores e intelectuales hispanoamericanos, que la historia literaria suele agrupar bajo el movimiento modernista, sintieron una especial atracción por Grecia. El mundo helénico que ellos alabaron era, en la mayoría de los casos, la imagen armónica e idealizada que la intelectualidad francesa, sobre todo Ernest Renan, les había legado. Unos versos de Rubén Darío son enfáticos al respecto: “Amo más que la Grecia de los griegos / la Grecia de la Francia, porque en Francia / al eco de las risas y de los juegos / su más dulce licor Venus escancia”. Los poetas, los ensayistas, la joven intelectualidad hispanoamericana finisecular volteaba a ver el mundo griego con interés y fascinación. Unos cuantos años después, al inaugurarse el siglo XX, en ese mismo tenor, el escritor uruguayo José Enrique Rodó escribió en su *Ariel*:

La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de aquella ciudad de prodigios que fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y poder de los hombres. Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. [...] Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza, surgió el milagro griego —una inimitable y encantadora mezcla de animación y serenidad, una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la historia.¹⁸

La Grecia idealizada, símbolo de juventud y de candor, se volvía un ejemplo y un modelo de perfeccionamiento social; un ideal por alcanzar. Rodó había dedicado su libro a la juventud de América. Sin duda, algunos jóvenes de este continente escucharon

¹⁸ José Enrique Rodó, *Ariel*, Ángel Rama (ed.), Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1976, p. 12.



Cedacito nuevo,
¿dónde te pondré?

la prédica. Al menos, eso puede deducirse de lo que acontecía en México en los primeros años del siglo XX. Hacia 1906, en la capital de la república, un grupo de intelectuales comenzaba a reunirse. Son los primeros encuentros de una generación que tiempo después será conocida como el Ateneo de la Juventud. En 1907, esos jóvenes organizan, bajo el nombre de Sociedad de Conferencias, un ciclo de charlas. El dominicano Pedro Henríquez Ureña, miembro del grupo, escribió una reseña del encuentro:

Este grupo juvenil ha logrado disfrutar de las ventajas de la más moderna y amplia cultura que ya se abre paso en México. Lo anima un espíritu de independencia y no se aferra a ninguna secta literaria ni filosófica. Sin embargo, en una de sus tendencias típicas puede reconocerse como continuador de la mejor tradición de la cultura mexicana. El amor a la antigüedad clásica que se mantiene vivo en toda una serie de intelectualidades mexicanas (Ignacio Ramírez, Ipancho Acaico, Vigil, Pagaza, Cassasús, el mismo Gutiérrez Nájera en sus *Odas breves*, Othón, Urueta), reaparece en ellos con nueva fuerza.¹⁹

Uno de los integrantes, continúa Henríquez Ureña, manifiesta una fervorosa afición helénica: “Alfonso Reyes se ha inspirado constantemente en asuntos griegos desde la ‘Oración pastoral’ hasta los sonetos a ‘Chénier’, que recitó en la última velada de esta sociedad

¹⁹ Pedro Henríquez Ureña, “Conferencias” (1907), en *Obra crítica*, Emma Susana Speratti Piñero (ed.), México, FCE, 2001, p. 172.

de conferencias”.²⁰ El origen de la afición de Grecia en Alfonso Reyes, quien había nacido en 1889, debe entenderse, me parece, dentro de la irradiación del modernismo hispanoamericano y en continuidad con la tradición clasicista del siglo XIX en México. Los primeros poemas de Reyes, entre sátiras y ofrendas, “están llenos de ecos de la Arcadia, del Asia griega” y en sus elegías juveniles resuena “el ágil yambo arquíloqueo”.²¹ En ellos se recuerda no sólo a Darío, quien ya había sentenciado su famoso: “tan antiguo y tan moderno”, sino, y sobre todo, a José Manuel Othón, su padrino poético.²² En varias ocasiones, el joven poeta se enfrentó a la incompreensión de sus contemporáneos. Así lo demuestra el desconcierto que el propio Bernardo Reyes experimentó ante los poemas de su hijo.²³ Muchos años después, Alfonso Reyes todavía recordaba la fría recepción de *Huellas*, su primer poemario:

Quando yo aparecí con mis primeros versos en la literatura mexicana, realmente tuve una sensación de triunfo inmediato. Como los poetas de aquel tiempo entre los cuales yo era el *benjamín*, se habían desentendido del todo de las letras clásicas, mi poesía tenía algo de grande sorpresa. Cuando me decidí años después a reunir todos esos poemas mi libro tuvo nada más que un *succès d'estime*, como dicen los franceses. Sentí el frío, y aunque ya lo presentaba porque mis versos no iban con la moda, esa impresión no dejó de afectarme. Yo creo sinceramente que me desarmó un poco.²⁴

²⁰ *Idem*.

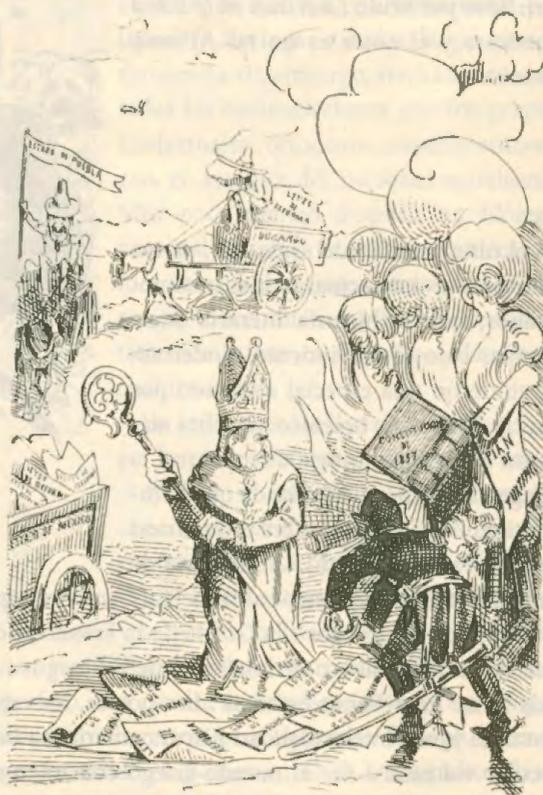
²¹ Ingemar Düring, “Alfonso Reyes helenista”, en *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*, Ínsula, Madrid, 1962, p. 66.

²² Alfonso Reyes, “Un padrino poético”, en *Orígenes*, núm. 13, 1947, pp. 5-8.

²³ En carta a Pedro Henríquez Ureña, fechada el 21 de enero de 1908, Reyes relata la incompreensión que sufre en Monterrey por las referencias griegas en su poesía: “Aquí me han confesado con tristeza que ya no entienden mis versos. Por supuesto que mi papá no dice eso pero lo da a entender. Nada menos el otro día le recité mis sonetos a Othón y cuando oyó: ¿Othón ha muerto, lleguen al vecino / Sepulcro, a diario, las campestres diosas, / Ellas por siempre mantendrán las losas / de miel regadas y de leche y vino”, se extrañó de la imagen final y sólo la admitió cuando le expliqué que no era invento mío sino costumbre griega. Entonces me dijo que, cuando eso se publicara, habría que explicar la cosa en una nota, porque estaba muy raro”. (Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia (1907-1914)*, José Luis Martínez (ed.), FCE, México, 2004, p. 61.)

²⁴ Carta de Alfonso Reyes a Gabriel Méndez Plancarte, fechada el 28 de septiembre de 1937, en *Humanismo y literatura: correspondencia entre Alfonso Reyes y Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte*, Alberto Enríquez Perea (ed.), El Colegio Nacional, México, 2006.

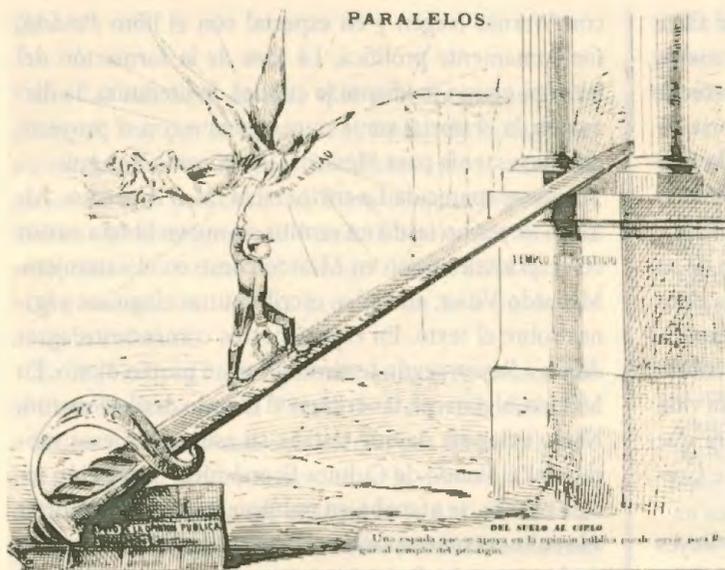
UN AUTO DE FE.



LAS CENIZAS PARA EL PRÓXIMO MIÉRCOLES.

El joven poeta vio alimentada su afición griega en el círculo intelectual del Ateneo. Muy pronto, hacia 1908, Pedro Henríquez Ureña organizó una serie de lecturas sobre el mundo helénico. Las conferencias no llegaron a realizarse; sin embargo, el universo helénico ya estaba funcionando.²⁵ El sabio dominicano elabora una lista de obras por leer que abarca tanto la tragedia ática como a sus comentaristas más importantes. Reyes, así se deduce de la correspondencia con su amigo dominicano, se rodeó de cultura clásica en esos años. La prueba más fehaciente fue el ensayo que hacia 1908 escribió sobre “Las Tres Electras del teatro ateniense”. Ahí, se nota el universo cultural que el Ateneo, y en especial Henríquez Ureña y Reyes, puso a circular. Entre los críticos y filólogos que Reyes menciona en su ensayo se encuentran destacados filólogos alemanes que Henríquez Ureña le acercó: Ottfried Müller, Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, Friedrich Nietzsche. A la Grecia francesa del

²⁵ Susana Quintanilla, “Dioniso en México, o, cómo leyeron nuestros clásicos a los clásicos griegos”, *Historia mexicana*, núm. 203, 2002, pp. 619-663.



Por el año de 1908, estudiaba yo las “Electras” del teatro ateniense. [...] El estudio de Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma [...]. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad. Aquellos libros [...] se iban tornando confidentes y consejeros [...] la literatura, pues, se salía de los libros y, nutriendo la vida, cumplía sus verdaderos fines. Y se operaba un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fácil fuera haber naufragado en el vórtice de la primera juventud. Ignoro si este es el recto sentido del humanismo. [...] Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra [...]. Somos una con ella: no es Grecia, es nuestra Grecia.²⁷

Muchos años pasaron para que Reyes, después del periodo del Ateneo, se ocupara de nuevo de la literatura helénica. Sin embargo, el germen ya estaba ahí. En más de una década, el escritor bordeó por otras literaturas e imaginaciones hasta que en 1923, en medio de varias encrucijadas, escribió su *Ifigenia cruel*. Nuevamente, el mundo clásico era un modelo de inspiración artística. En ese poema dramático, Reyes sintetiza muchas de sus inquietudes estéticas e intelectuales. Ahí se encuentra el drama autobiográfico,²⁸ el conflicto ontológico,²⁹ la encrucijada de identidad cultural,³⁰ las discusiones estéticas.³¹ Todo ello, bajo los símbolos de la Grecia clásica. El poeta reinterpreta la figura y cuenta, a su

modo, la historia de *Ifigenia*. Un universo de lecturas se transforma en poesía. Los personajes adquieren la densidad de las encrucijadas del poeta. *Ifigenia* ha perdido

modernismo, se sumaba ahora la Grecia alemana.²⁶ Un elemento destaca en las reflexiones del ensayista: la función del coro en el teatro clásico como un elemento de irrupción lírica. Reyes lee y analiza la literatura griega para sacar provecho en su propia obra poética.

Años después, ya en el exilio español, Reyes recordó aquellos momentos fundacionales del Ateneo, cuando el mundo griego se volvía, para un grupo de jóvenes lectores, parte de la vida cotidiana en la capital de México. La literatura clásica en ese momento adquiriría una densidad vivencial y existencial:

²⁶ Sobre el germanismo de Henríquez Ureña pueden verse los comentarios de José Luis Martínez en su “Introducción” a Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, *op. cit.*, pp. 9-39.

²⁷ Alfonso Reyes, “Comentario a *Ifigenia cruel*”, en *Obra poética. Obras completas*, vol. x, FCE, México, pp. 351-352.

²⁸ Cf. Octavio Paz, “El jinete en el aire: Alfonso Reyes” (1960), en *Generaciones y semblanzas: dominio mexicano. Obras completas*, vol. iv, FCE, México, 1994, pp. 226-233.

²⁹ Cf. Ramón Xirau, “Cinco vías a *Ifigenia cruel*”, en *Presencia de Alfonso Reyes: homenaje en el X aniversario de su muerte (1959-1969)*, FCE, México, 1969, pp. 163-168.

³⁰ Cf. Ottmar Ette, “Una minúscula Grecia para nuestro uso: mito griego, identidad mexicana y vanguardia latinoamericana en Alfonso Reyes”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 72, 1995, pp. 327-343.

³¹ Cf. Paulette Patout, “Réminiscences Valéryennes dans *Ifigenia cruel* d'Alfonso Reyes”, *Revue de Littérature Comparée*, 52, 1978, pp. 416-437.

la memoria. Orestes, en un estilo muy Siglos de Oro, lucha por que su hermana recuerde el pasado y vuelva con él. Entre hexámetros y un casi soneto, Ifigenia recupera la memoria, pero el recuerdo le trae la historia de sangre que corre por su casta. Al contrario de lo que sucede en el teatro clásico, en el francés, en el alemán o en el italiano, la anagnórisis no devuelve al personaje a la civilización. Ifigenia, en un acto de reafirmación de su libertad, decide permanecer entre los bárbaros. La densidad de simbolismos presentes en esta obra se explica por las disyuntivas de escritor. El poeta ha dado sentido a los símbolos clásicos griegos a partir de su propia vida y sus propios interrogantes. Pasaron 18 años para que Reyes, después de esta obra, volviera al mundo de Grecia. Algunos datos pueden explicar este regreso.

Después de casi tres décadas de exilio, Alfonso Reyes regresa a México en 1939. Las embajadas, los cambios de país, las mudanzas han terminado. El poeta se instala en forma definitiva en su país. Entre las múltiples actividades que realiza, Reyes ejerce la docencia y crea centros de investigación. El antiguo diplomático se ve ahora en el papel de creador de instituciones y de profesor. En el verano de 1940 dicta un curso en la Facultad de Filosofía y Letras con el título "La crítica en la Edad Ateniense". Grecia, en este ensayo, ya no es fuente de inspiración poética, sino un modelo de sociedad, de enseñanza, de convivencia, de creación. Con el pretexto de buscar los orígenes de la crítica literaria en Occidente, Reyes en realidad dibuja un ideal de sociedad mesurada y lúdica, razonable y luminosa. El arte prosístico de Reyes enseña deleitando. La tríada que se dibuja es innegable: literatura, educación y política son indisolubles en una lectura entre líneas de *La crítica en la Edad Ateniense*. El poeta ahora está metido a educador. Este libro, me parece, no debe leerse como un aporte a la filología clásica, sino como un esfuerzo por representar un modelo de cultura, donde la reflexión sobre la crítica del hecho literario es un buen pretexto para establecer símiles, paralelos y enseñanzas con la actualidad. El libro puede leerse como un ensayo, es decir, como una posición cultural frente a un espacio y un tiempo determinados; también puede verse como un proyecto —artístico, pero también pedagógico— en un momento de formación y consolidación de instituciones educativas, culturales y sociales de México.³² Por eso, su relación

³² Hasta ahora, algunas críticas al libro han resaltado las limitaciones filológicas de la lectura de Reyes, como si se tratara

con Werner Jaeger, y en especial con el libro *Paideia*, fue sumamente prolífica. La idea de la formación del hombre griego mediante la cultura, la literatura, la discusión, la oratoria, venía muy a cuento con el proyecto que Reyes tenía para México: Grecia como una guía.

Apenas aparecida *La crítica en la Edad Ateniense*, Alfonso Reyes no tardó en remitir su nuevo libro a varios corresponsales tanto en México como en el extranjero. Medardo Vitier, en Cuba, escribió unas elogiosas páginas sobre el texto. En especial estos comentarios agradaron a Reyes, según testimonia en su propio diario. En México, al parecer, las críticas al libro lo desilusionaron. Nadie entendía de qué trataba su asunto. En esos momentos el Fondo de Cultura Económica, institución recién creada, se afanaba en publicar los mejores aportes a la cultura contemporánea. En ella se publicaron varias traducciones hechas por mexicanos y por exiliados españoles. Joaquín Xirau trabajaba en esos días en la traducción de la primera parte del libro del filólogo alemán Werner Jaeger: *Paideia*. Es probable que Reyes, al enterarse de la futura publicación de Jaeger, decidiera enviar su libro al filólogo. Así, hacia comienzos de 1942, Werner Jaeger recibió en Harvard, donde era director del Instituto de Estudios Clásicos, el libro de Alfonso Reyes *La crítica en la Edad Ateniense*. El filólogo no tardó en leer el libro y en contestar a su remitente. El balance que hace es halagador. El diálogo, negado o incomprendido en su país, lo encuentra en un cubículo universitario de Boston. Ahí comienza el epistolario entre ambos.

de un estudio que rigurosamente pretende una verdad científica. (Cf. Carlos Montemayor, "Una crítica a *La crítica en la Edad Ateniense*", *La vida literaria*, núm. 3, julio-agosto, 1973, pp. 14-16; Carlos Montemayor, "El helenismo de Alfonso Reyes", *Vuelta*, núm. 154, septiembre, 1989, pp. 12-16; Ingemar Düring, "Alfonso Reyes helenista", en *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*, Ínsula, Madrid, 1962, pp. 9-73). Me parece más provechosa la lectura de Gutiérrez Girardot, quien asegura: "[en sus trabajos sobre Grecia] Reyes no pretendía sobresalir como filólogo [...]. Reyes pretendía suscitar, presentar ejemplos de humanidad y sobre todo atender a las necesidades esenciales que había impuesto a la inteligencia americana el ingreso tardío de América a la historia de Occidente. [...] El menor peso de la tradición, esto es, de la filología clásica, le permitió a Reyes crear una imagen de Grecia que, además de ejemplar, se aproximaba a la que Nietzsche esbozó en *El origen de la tragedia en el espíritu de la música* (1872). Ésta es una Grecia estética que, como lo exigía Nietzsche, se fijaba en la totalidad y no, como la filología clásica, en una mancha de aceite. Pero esta Grecia estética no dejaba de ser por eso ejemplarmente política" (Rafael Gutiérrez Girardot, "La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)", *Revista de Occidente*, núm. 106, 1990, pp. 107-108).

III

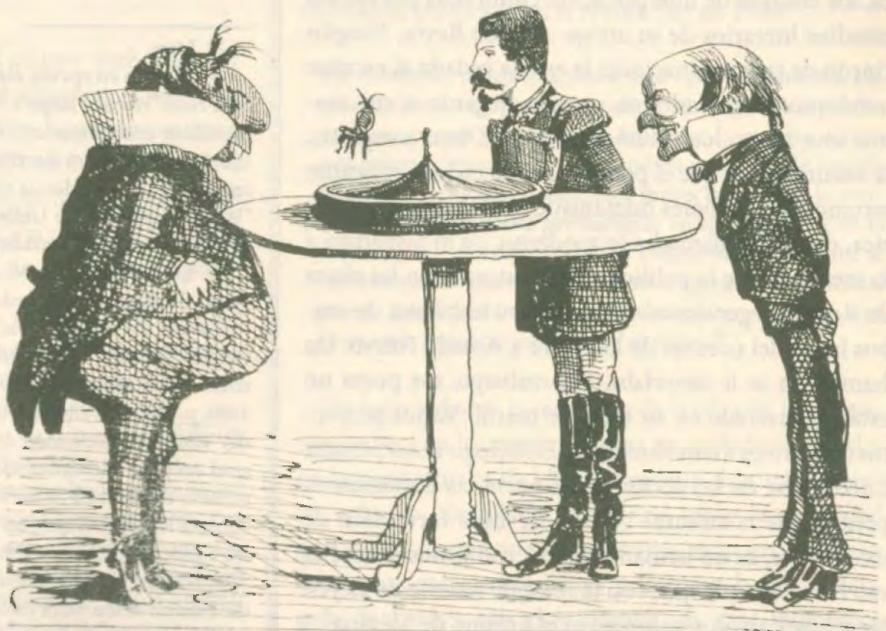
Entre los sabrosos detalles que esta correspondencia contiene, hay por lo menos dos líneas de lectura que sobresalen: por un lado, el descubrimiento —para Jaeger— de una personalidad literaria que sintetiza los ideales del resurgimiento humanístico; y por otro, la recepción de las ideas del filólogo alemán en el mundo hispanoamericano. En esa perspectiva, se trata de dos descubrimientos.

En el principio fue la ignorancia. Jaeger pensaba que el libro remitido por el Fondo de Cultura Económica, a finales de 1941, había sido escrito por un profesor de letras clásicas. Pronto la verdad se le desveló. El autor de ese texto no era un especialista en la Antigüedad clásica, sino un escritor. Los elogios no se hicieron esperar. El filólogo no sólo compartía el principio fundamental del libro, sino que admiraba los detalles en la elaboración. Reyes se apresuró a enviarle otras obras. En poco tiempo llegó *Visión de Anáhuac*. Jaeger ya tenía una perspectiva más compleja del personaje con el que se carteaba. En él encontró a una personalidad literaria que sintetizaba los ideales del Tercer Humanismo: poeta, ensayista, hombre de ideas, forjador de instituciones, educador, diplomático: “[...] la combinación que [usted] representa —escribe Jaeger el 20 de abril de 1942— me parece el ideal de una vida humanista. Haber encontrado tan fina flor en la América hispánica fue una gran satisfacción para mi corazón humanista”. Unos meses después, el poeta y el filólogo se conocieron personalmente. El 11 de junio de 1942, Reyes recibió el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Harvard. Entre los asistentes, por supuesto, se encontraba Werner Jaeger. En ese primer encuentro hablaron sobre la América hispánica y la anglosajona, sobre la necesidad de una presencia directa de la literatura griega en la cultura latinoamericana, sobre la importancia de la traducción de *Paideia* para el mundo hispanoamericano,

sobre literatura universal. Jaeger quedó fascinado con la personalidad de Reyes. El filólogo descubría en el poeta el prototipo idealizado del humanista:

Yo sentí, con admiración, la intensidad de este espíritu incansablemente activo que en los primeros cinco minutos de nuestra charla se levantó sin el menor esfuerzo a los niveles más altos y a quien no era ajena ninguna de las partes de nuestra tradición, ni los Padres de la Iglesia, ni la filosofía griega, ni el pasado árabe de la península ibérica. Con notorio deleite parecía penetrar en todos los rincones de la inteligencia y de las tareas de otro individuo. Tuvimos los dos la sensación de una compatibilidad natural, de una perfecta comprensión mutua. No había allí dos mundos cerrados, limitados por sus dogmas favoritos en el libre uso de sus imaginaciones, sino un *commercium liberum*, debido a que en nuestro pensamiento se hallaba presente esa dimensión histórica cuya carencia hace tan a menudo que las opiniones e “ideologías” del hombre moderno sean intolerantes para con el libre intercambio de bienes intelectuales, que es el resultado de nuestra común herencia clásica. Jamás olvidaré cómo animaron este sentimiento mis conversaciones con Alfonso Reyes, ciudadano del mundo y a la vez ardiente patriota mexicano.³³

La amistad que nacía fue cultivada con el paso de los años. Las cartas y los envíos no desfallecieron. En el co-



Dijémosle a la suerte que decida "pero sin trampas."

³³ Werner Jaeger, "Recibí la noticia de la muerte de Alfonso Reyes...", *La Gaceta*, núm. 63, FCE, México, 1960, p. 3.



EL PAVO.
Vanius varolatum...

reio de Jaeger no faltaron las obras de historia política, los ensayos de interpretación cultural, la poesía, los estudios literarios de su amigo Alfonso Reyes. Ningún rincón de las imaginaciones le estaba vedado al escritor mexicano. Jaeger admiró, cuando llegaron a sus manos uno a uno los volúmenes de las *Obras completas*, la soltura con la que el poeta se movía en casi cualquier terreno de los saberes humanísticos: de Europa a América, de la Antigüedad a lo moderno, de lo hispánico a lo mexicano, de la política a la literatura. Con las obras de Reyes, Jaeger descubrió la cultura hispánica de ambos lados del océano: de Góngora a Amado Nervo. Un humanista se le desvelaba. Sin embargo, ese poeta no estaba encerrado en su torre de marfil. Varios proyectos educativos lo involucraban. El filólogo se sorprende. Encontraba en las acciones del poeta las dimensiones políticas de la cultura. Veía en Reyes la formación de un hombre, de un humanista moderno y mexicano. Por eso no sorprende que, con la reciente muerte de Reyes, Jaeger asegure que su amigo es el Erasmo de México:

Hasta en un tiempo en que toda la vida intelectual más elevada de la América hispánica emanaba de la Iglesia, el humanista Erasmo ejerció aquí una honda influencia sobre la concepción teológica de la naturaleza humana y del

libre albedrío. ¿Por qué no habría de reaparecer Erasmo —bajo nuevas formas—, y con él el renacimiento cultural y educativo que anunció? Bajo este aspecto, justamente, me gusta contemplar la vida de Alfonso Reyes y su misión cultural en México. Es el comienzo de una era. Damos la bienvenida a su cálido entusiasmo, y reconocemos, agradecidos, la chispa de genio en el espíritu mexicano tal como él lo representó, y le deseamos seguidores auténticos, capaces de proseguir la misma obra con idéntico espíritu.³⁴

Al contrario de lo que sucedió con la recepción alemana, la italiana y la estadounidense,³⁵ la recepción hispanoamericana de la obra de Jaeger ha sido fervorosa. Es muy significativo el hecho de que su obra se siga reimprimiendo cuando en ninguna otra lengua se hace. En español, en estos momentos, *Paideia* va por la vigésima primera reimpresión. En otros ámbitos, por el contrario, ha caído en el total olvido.³⁶ Sorprende observar estas diferencias. Las razones, creo yo, se encuentran en las distintas valoraciones que se hicieron del texto.

Mientras en el medio europeo el libro de Jaeger se valoró por su posición y sus riesgos políticos, en español fue importante porque ayudó a fundar, a ciertos grupos intelectuales, un origen de la cultura hispanoamericana. En esos momentos la intelectualidad de la América hispánica necesitaba fundarse unos principios culturales.³⁷

³⁴ *Idem*.

³⁵ Sobre la recepción alemana de *Paideia* se puede consultar: Beat Näf, "Werner Jaeger's *Paideia*: Entstehung, kulturpolitische Absichten und Rezeption", en *Werner Jaeger Reconsidered...*, pp. 125-146. Alessandra Bertini Malgarini hace un recuento de las reacciones de la academia estadounidense e italiana en su trabajo "Werner Jaeger in the United States: One Among Many Others", en *Werner Jaeger Reconsidered...*, pp. 107-123.

³⁶ En 1989 William M. Calder decía: "Heutzutage lesen das Werk, das einst als sein bedeutendstes gefeiert wurde, kaum noch Fachleute, die seine Schwächen nur zu gut kennen" (William M. Calder, "Werner Jaeger", en *Berlinische Lebensbilder Geisteswissenschaftler*, Michael Erbe (ed.), Colloquium Verlag, Berlin, 1989, p. 343). Un año más tarde, el mismo autor aseguraba: "Today what was acclaimed as his most famous work (*Paideia*) is read only by dilettantes too naïve to perceive its defects... His name is rarely cited in the footnotes of the learned. Modern students of his own subject no longer recognize his name" (William M. Calder, "Preface", en *Werner Jaeger Reconsidered...*, p. vii). Beat Näf, en el mismo sentido, asegura: "Im allgemeinen wird die *Paideia* heute nicht mehr zu den grössten Leistungen Jaegers gezählt, ein Urteil, das freilich zur Haupsache durch Vergessen dokumentiert ist". "Werner Jaegers *Paideia*: Entstehung, kulturpolitische Absichten und Rezeption", en *Werner Jaeger Reconsidered...*, p. 125.

³⁷ Al respecto me parece revelador el trabajo de Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tra-*

En el primer encuentro entre Reyes y Jaeger ya se hablaba de esa importancia:

Lo conocí personalmente en Harvard [cuenta Jaeger] adonde llegó en compañía de don Daniel Cosío Villegas, director del Fondo de Cultura Económica. Todavía lo veo, paseando de un extremo a otro de la sala de mi casa, mientras hablaba sobre cuestiones de la América hispánica y de la anglosajona, sobre literatura universal, sobre sus propios planes, sobre la traducción española de mis libros y los resultados que, según él y según Cosío Villegas, podrían tener en la situación cultural del mundo americano de habla española.³⁸

Sobre esos resultados, Reyes y Cosío Villegas no se equivocaban. Los libros de Jaeger, en especial *Paideia*, muy pronto incitaron varios diálogos y relecturas.³⁹ Los escritores hispanoamericanos, más que diletantes, necesitaban un diálogo con el universo clásico puesto en esos textos. La formación o modelación del hombre griego era un buen espejo para la formación de la cultura hispanoamericana. Por eso Reyes escribe en la reseña del libro:

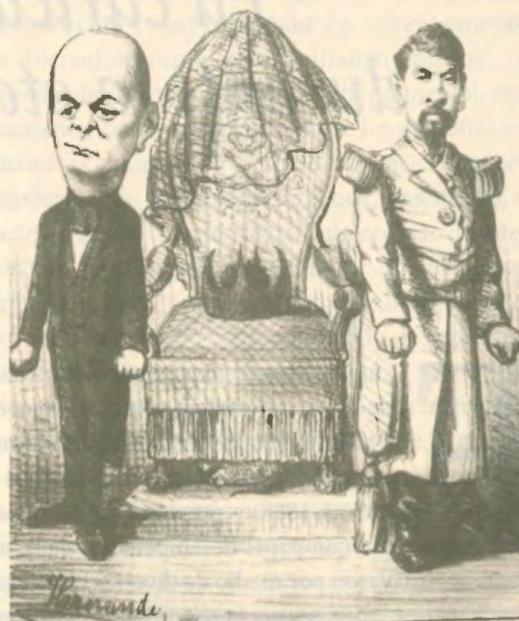
Asumiendo el compromiso de dar a las palabras toda su responsabilidad y su peso, podemos decir brevemente: Werner Jaeger, en la *Paideia*, ha escrito una obra de valor permanente, y una guía para los ideales constructivos de la civilización que defendemos.

Quisiera resaltar el plural del último verbo: la civilización que “defendemos”. La civilización griega también es el origen de la civilización hispanoamericana. “Somos pueblos helenocéntricos”, escribe el poeta en la misma reseña, copiando literalmente la frase que el filólogo había escrito en la introducción del libro. Si alguna duda quedara, sobre el espectro de recepción hispano-

dición, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2006. En especial, remito al capítulo en que trata a “Pedro Henríquez Ureña (1884-1946): la tradición y el exilio”, *ibid.*, pp. 167-253.

³⁸ Werner Jaeger, “Recibí la noticia de la muerte de Alfonso Reyes...”, *La Gaceta*, núm. 63, FCE, México, 1960, p. 3.

³⁹ En el ámbito de la filosofía en nuestra lengua, creo que es innegable el vínculo de Jaeger con Ramón Xirau y Leopoldo Zea. Jaeger mantuvo correspondencia con Zea, incluso lo cita en uno de sus trabajos (Cf. Werner Jaeger, “Humanism and Theology” [1943], en *Humanistische Reden und Vorträge*, 2a. ed., Walter Gruyer, Berlín, 1960, p. 327). En el ámbito de la literatura, es innegable la presencia de la *Paideia* en la obra de José Lezama Lima. El curso délfico del cubano semeja ser una variante de la modelación del hombre habanero. Además, uno de los libros pilares de ese enigmático curso era precisamente la *Paideia*. Al respecto, véase la novela inconclusa *Oppiano Licario*, ERA, México, 1978.



... Dios salve a la Patria!!!...

americano, cito lo que Luis Farré aseguró en otra reseña de *Paideia* publicada en la revista *Sur* en 1943:

En momento propicio aparece esta obra en América Latina. Existe un despertar angustioso de curiosidad por las culturas griegas y latinas que fundaron la nuestra. Quizá nos estamos aperciendo que andamos escasos de aquella sabiduría escrutadora que busca proyectarse hacia lo eterno, pero enraizándose previamente en la tradición y en la historia [...]. Adentrarnos en la Hélade es como asistir al nacimiento de Europa y, podríamos agregar, de América, puesto que el hombre americano no es sino un reflejo, con leves características propias, del europeo.⁴⁰

Sin lugar a dudas, la recepción de la obra de Jaeger tiene que ver con las preguntas y las necesidades culturales de los intelectuales de Hispanoamérica. Los interrogantes sobre la identidad cultural, así como la necesidad de fundar un principio civilizatorio, están en juego. La correspondencia entre Reyes y Jaeger y la buena acogida de *Paideia* son el testimonio de esos momentos

⁴⁰ Luis Ferré, “Werner Jaeger: *Paideia*: los ideales de la cultura griega”, *Sur*, núm. 107, 1943, p. 68. También puede verse la reseña de Joaquín Xirau, “*Paideia*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4, 1942, pp. 160-164.

La caricatura política durante la etapa tuxtepecana*

Estudiar las *relaciones* entre la caricatura de la prensa periódica y el poder político en la ciudad de México durante la etapa tuxtepecana, esto es, los años de 1876 a 1888, y procurar definir y pensar qué papel desempeñaron cada uno y cómo se vincularon por medio de diversas estrategias, como la crítica, la censura y la represión, permite empezar a razonar sobre varias de las aristas que marcaron a la esfera pública durante esa fase del acontecer nacional, signada por el reacomodo de fuerzas políticas y de sus protagonistas, así como por el fortalecimiento del Estado-nación.

Durante el periodo en estudio, la caricatura política fue usada como una estrategia de acción partidista en el espacio político y como una forma de participación en la vida colectiva, lo que la convirtió en un actor protagónico de la esfera pública. También tuvo un papel destacado en la lucha por la conformación y el control de los imaginarios colectivos, al funcionar como un mecanismo que supo apropiarse de algunos signos distintivos del poder para acuñar diversos símbolos contestatarios. Asimismo, cabe precisar que la caricatura política de esta etapa se inserta en el marco de la instrumentación del proyecto de nación impulsado por los liberales tuxtepecanos y la consolidación de la autoridad presidencial como ejes articuladores de los discursos y las prácticas políticas.

Por la multiplicidad y variedad de formas, estilos, contenidos y usos de la caricatura, resulta forzado intentar

una definición abarcadora e incluyente. Para lograrlo es necesario considerar diversos factores como su carácter, las causas que la generan, los fines que persigue, el lugar y momento en que se produce, incluso se podrían agregar los destinatarios para los que se crea o los objetivos que guían su estudio. Sin embargo, un elemento imprescindible para definir la caricatura es su capacidad de sintetizar una idea y transmitir un mensaje mediante unos pocos trazos valiéndose del humor.

En este contexto, la caricatura política puede ser vista como un legítimo medio de expresión que contiene en sí una gran fuerza rebelde y que, por su carácter irreverente y crítico se sitúa entre los frágiles y difusos límites que definen las fronteras de lo legal y lo subversivo. La caricatura política constituye un particular punto de vista, marcado por intereses varios, que valiéndose del uso de ciertos símbolos, desde el humor y con fines efectistas, pretende proyectarse sobre la opinión pública —esto es, sobre el conjunto social conformado por quienes leían los impresos y discutían los asuntos de interés general— con el objetivo de condicionar su percepción. Dicho de otra forma, la caricatura política es una forma satírica simbólica de interpretación y de construcción de la realidad, una estrategia de acción —de personas y grupos— en las luchas por la producción y el control de imaginarios colectivos.

La caricatura constituye una unidad conformada por dos partes igualmente importantes: la imagen y el texto. En el transcurso del tiempo ambas, imagen y escritura, se han desarrollado de manera paralela compartiendo la tarea de consolidar una comunicación mixta. Así, la caricatura está compuesta de esas dos partes: es una imagen culminada por un texto, o un texto vigorizado

* Tomado del libro *Caricatura y poder político*, de Fausta Gantús, El Colegio de México/Instituto Mora, México, 2009.



No jurarás el nombre de Dios en vano.

por una imagen. La caricatura política mexicana producida en el siglo XIX necesitaba y se valía de textos plasmados en títulos, pies, coplas o versificaciones para complementar o explicar lo representado.

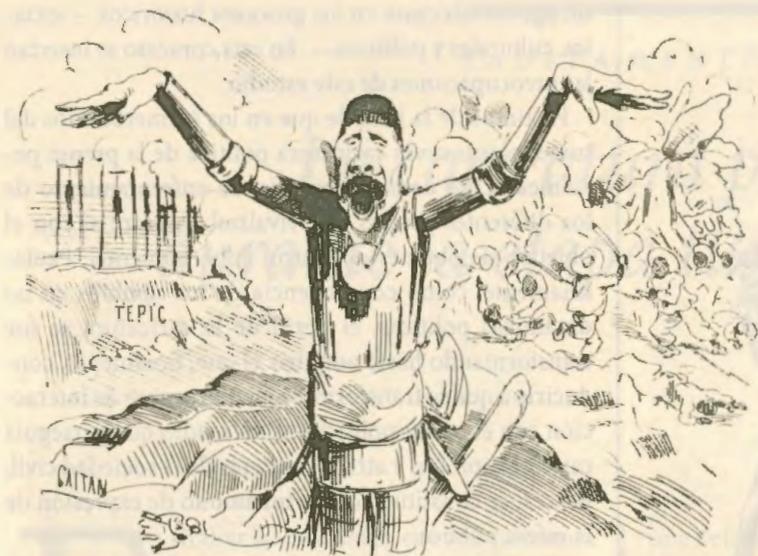
A diferencia del periodismo —que ha merecido una importante atención por parte de los historiadores mexicanos—, la caricatura política de la prensa periódica ha pasado casi desapercibida, salvo contadas excepciones, y su estudio no ha despertado demasiado interés en el intento por comprender el desarrollo y la conformación de la cultura política nacional. La mayor parte de los esfuerzos realizados en torno al estudio de la caricatura se han traducido en escritos de poca profundidad analítica, pues sus enfoques están prioritariamente dirigidos a la recuperación y reproducción de imágenes. Aunque también es preciso señalar la importancia de una serie de sugerentes acercamientos que en las últimas décadas han dado cuenta de un renovado interés por comprender el peso y el carácter de la caricatura política como

un agente relevante en los procesos históricos —sociales, culturales y políticos—. En este contexto se insertan las preocupaciones de este estudio.

Partimos de la idea de que en los primeros años del tuxtepecanismo la caricatura política de la prensa periódica actuó como el espacio de enfrentamiento de los diferentes grupos que rivalizaban entre sí con el objetivo de obtener el control gubernamental. Paulatinamente, como consecuencia de los cambios en las dinámicas políticas, el perfil de la caricatura se fue transformando hasta adquirir el que, finalmente, conduciría a que se transformara en un recurso de interacción con el poder político, en un medio que perseguía captar la opinión y atraer el interés de la sociedad civil, esto es, se constituyó como un ámbito de expresión de la esfera pública.

Consideramos que durante esta etapa la interlocución entre la prensa y el gobierno osciló entre el acuerdo y el enfrentamiento. Las relaciones de entendimiento se establecieron predominantemente con el periodismo oficialista y parte del independiente, y estuvieron caracterizadas por las negociaciones y los consensos en torno al proyecto político emanado del triunfo tuxtepecano. Aunque estos vínculos no estuvieron exentos de la instrumentación de estrategias que incluían prebendas, subvenciones y otras formas de compensación otorgadas por las autoridades a periódicos y periodistas, lo cierto es que buena parte de los miembros de esta prensa, en consonancia con la concepción y posicionamiento de importantes sectores de la sociedad capitalina, compartía credos e ideas y coincidía en los principios y definiciones de las necesidades nacionales y en la exigencia de un Estado fuerte, por lo que se identificaron con las acciones y actuaciones de los gobiernos revolucionarios y, en tal sentido, apoyaron, respaldaron y promocionaron las políticas gubernamentales.

Cuando la interacción entre el universo periodístico y el poder porfiriano estuvo marcada por los enfrentamientos, predominó el establecimiento de estrategias de subvención, la reglamentación legal, la censura y la represión. En efecto, los políticos tuxtepecanos buscaron reducir las manifestaciones de disenso que erosionaban las posibilidades de éxito de su proyecto —el de afianzar al Estado-nación liberal y moderno— y que socavaban su legitimidad. En este sentido, el gobierno tuxtepecano, valiéndose de los poderes legislativo y judicial, supo diseñar su batalla contra el periodismo —independiente y opositorista— cuidan-



=, Ciudadanos! , La República está en completa PAZ!

do, cuando menos en apariencia, el estricto apego a la constitucionalidad y la legalidad, al credo liberal y al republicanismo.

En esta línea de reflexiones, suponemos que fue la necesidad de fortalecer la legitimidad gubernamental —al interior y al exterior del país— el factor que influyó de manera decisiva para que las autoridades optaran por reprimir a la prensa recurriendo al uso de los marcos legales y jurídicos, antes que acciones violentas y extralegales; para ello fue necesario instrumentar legislaciones adecuadas y fortalecer la alianza entre los tres órdenes de gobierno. El contubernio del poder ejecutivo con el legislativo y el judicial para someter al periodismo se evidenció en momentos clave como la reforma del artículo séptimo constitucional, en 1882, o en el proceso penal por sedición en contra de periodistas y estudiantes por el asunto de la deuda inglesa en 1885, momentos ambos fundamentales para entender los cambios en la dinámica de las relaciones entre la prensa y el gobierno.

También se puede inferir que entre las autoridades gubernamentales y los diferentes miembros de la prensa —propietarios de periódicos, directores, editores, periodistas, caricaturistas e impresores— se establecieron relaciones dinámicas, determinadas por las particularidades de las circunstancias y los intereses de los propios sujetos sociales. Así, los funcionarios, en su preocupación por obtener el control sobre los actores del periodismo, diseñaron políticas basadas en la grati-

ficación, el cohecho y la asimilación, o en la censura, la amenaza y la represión; diseños en los que la aplicación de una no excluía a las otras, esto es, podían utilizarse estrategias paralelas. Y lo mismo se descubre al observar a los representantes de la prensa que se colocaron, bien por convencimiento o por seducción, al lado o en contra del gobierno. Hubo periódicos que optaron por una actitud de independencia, que los facultaba lo mismo para ejercer la crítica que para brindar respaldo; no faltaron algunos otros que transitaron de una a otra postura, de la oposición al oficialismo o viceversa; y, por último, los que supieron medrar a su favor especulando unas veces con el ataque y otras con el reconocimiento a las autoridades. Los cambios en la dinámica política durante los años del tuxtepecanismo y

su impacto en el escenario periodístico modificaron el carácter de las relaciones entre ambos actores, y definieron la institucionalización de la prensa como agente fundamental de la esfera pública al afirmar su papel como instancia de intermediación entre el Estado y la sociedad y su actuación como conciencia crítica de la vida pública.

La caricatura política operó, por un lado, como un instrumento fundamental en las luchas partidistas que caracterizaron los enfrentamientos entre las distintas camarillas liberales que dominaron el escenario político durante la mayor parte de la década de 1870; por el otro, sirvió como un recurso de crítica a las actuaciones y decisiones de los hombres en el poder; todo ello en el marco de una esfera pública en la que la sociedad civil cambió en sus matices hasta llegar a asumirse como la legítima interlocutora del gobierno. El estudio de la caricatura también resulta importante porque ésta se constituyó en un referente forjador de realidades que, mediante la construcción y asociación de símbolos, generó determinadas percepciones en torno a personajes y situaciones de la vida pública que lograron configurar una serie de representaciones y definieron los imaginarios colectivos.

También es importante considerar que el uso de los recursos visuales fue un elemento que influyó decisivamente en la conformación de las ideas y las opiniones de algunos sectores de la sociedad de la época y que, en este sentido, la prensa con caricaturas políticas consti-



El Caballero de la Noria se divierte con el ruido de sus matracas.

tuyó un espacio privilegiado para acercarse a las preocupaciones, los lenguajes y los imaginarios políticos de sectores medios y altos de la ciudad de México en los años del tuxtepecanismo. Contra la idea generalizada de que el recurso visual de la caricatura política tenía mayores posibilidades de impactar en amplias capas de la población, al llegar a los analfabetos y configurar casi una forma de comunicación popular y masiva, es posible observar que la prensa con caricaturas políticas del periodo en estudio constituía un particular lenguaje cuyo desciframiento requería que el receptor poseyera un determinado capital cultural que le permitiera la comprensión total del mensaje. Así, esa prensa era producida y estaba dirigida a grupos sociales acotados, como se colige tanto por el lenguaje mismo de las caricaturas como por los reducidos tirajes y los altos costos de las ediciones, entre otros factores. Cabe precisar que no ignoramos el hecho de que existía una gama de impresos con imágenes, incluida la caricatura, dirigida a sectores más amplios, en el que las hojas sueltas ocupaban un lugar privilegiado. De lo que estamos convencidos es de que los periódicos con caricaturas políticas estaban, al menos en su origen, destinados a sectores o grupos más reducidos de población.

Del lado de los lectores, y siguiendo la idea de E. H. Gombrich de que “el arsenal del caricaturista siempre está en el mecanismo de nuestra mente”, es posible establecer diferentes tipos de lectura acordes con los receptores. Podemos distinguir dos niveles de lectura: uno

que atiende sólo a la idea primaria de la imagen, y otro más estructurado y complejo que incluye la comprensión del sentido total del mensaje. Un mensaje elaborado en un lenguaje que la caricatura política fue construyendo en el marco de las estrategias de acción e intervención política desplegadas por facciones y partidos para enfrentar al gobierno o a grupos rivales. Para aquellas personas que compartían referentes y preocupaciones comunes, ese lenguaje —basado en la apropiación de los recursos que avalaban al poder— hacía posible la rápida identificación de personajes, escenario y situaciones y la comprensión del mensaje.

La investigación se circunscribe a la ciudad de México por varias razones fundamentales para el trabajo. Primero, porque era el lugar en el que residían los principales protagonistas de la vida política nacional, en particular los representantes de los poderes federales. Segundo, porque era el lugar donde se imprimían los más importantes periódicos, tanto los interesados en la lucha partidista como aquellos enfocados a la crítica al gobierno federal y donde laboraban los principales caricaturistas y periodistas. En tercer lugar, porque era en la ciudad de México donde se articulaban e instrumentaban las políticas de negociación y las de censura, y donde se diseñaban las estrategias de subvención y de represión. Por último, porque fue el escenario en el que se desarrollaron los episodios más álgidos entre el gobierno y la prensa en coyunturas como las ocurridas en 1882-1883 y 1885, por los asuntos de la reforma del artículo séptimo constitucional y el reconocimiento de la deuda inglesa, respectivamente, momentos que condicionaron el derrotero de las relaciones entre la prensa y el gobierno.

Temporalmente, desde la perspectiva política, el interés se centra en el periodo tuxtepecano de la historia mexicana, claramente definido por dos momentos coyunturales que marcan, respectivamente, el inicio y el fin de esta etapa: 1876 y 1888. Serían los principios de Tuxtepec, especialmente el de la no-reelección, y la necesidad de lograr la paz y la estabilidad nacional los que pondrían su impronta sobre estos doce años, marcando los debates en la prensa y las actuaciones del gobierno.

Se inaugura con la proclama del Plan de Tuxtepec en enero de 1876; ese mismo año, los conflictos armados y los enfrentamientos constitucionales conducirían a Porfirio Díaz a la presidencia de la República. Se cierra en 1888, año en el que Díaz —legitimado por el poder legislativo vía la aprobación de reformas constitucionales y avalado por la fuerza militar—, transitó sin mayores obstáculos o sobresaltos, de la defensa a ultranza del precepto de la no-reelección a la acuñación de la idea del “hombre necesario” y el amarre de la reelección a su favor. En lo periodístico, el marco temporal permite seguir el proceso de transformación en la dinámica de la prensa con caricaturas políticas, que transita de desempeñar un papel protagónico en las luchas partidistas por el acceso al poder a convertirse en un espacio de crítica al poder, una especie de censor de las autoridades, una opción para la puesta en marcha de una cultura y de prácticas de participación ciudadana en los asuntos de gobierno.

En síntesis, se estudia este periodo por considerar que en él tuvieron lugar una serie de transformaciones importantes en lo político y en lo periodístico. Si durante esos años en lo político se transitó de una enconada lucha partidista a la consolidación de un régimen unipersonalista, y de la defensa de la no-reelección a la instauración de la reelección, en lo periodístico se observa un proceso evolutivo que condujo de la proliferación a casi la desaparición de las publicaciones con caricaturas, y de la primacía de la prensa satírico-facciosa con caricaturas políticas, destinada a la obtención del poder gubernamental, a los inicios de una prensa crítica enfocada a servir como vía de expresión para la sociedad civil y de mediadora entre ésta y el aparato estatal.

Cabe señalar que la importancia de esta investigación reside en el análisis del proceso histórico del tuxtepeca-

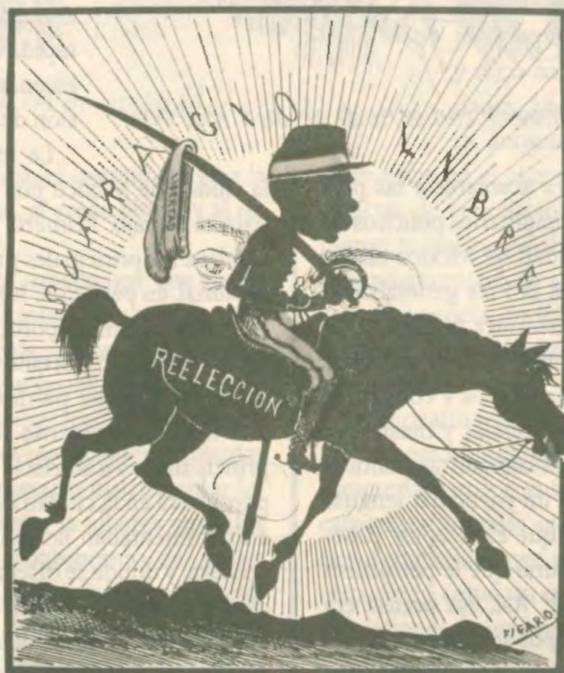
nismo a partir del uso de la caricatura política, fuente poco explorada en la historiografía nacional. La caricatura es aquí un documento fundamental, cuya lectura y desciframiento permite entender la época en estudio y observar las dinámicas de los enfrentamientos facciosos por el usufructo del poder y el papel que desempeñaba la prensa como parte de la estrategia de esas luchas; igualmente, es un recurso que permite descubrir la forma en que se generaban determinados imaginarios en torno a ciertas personalidades del momento. Asimismo, desde la sátira y el humor, posibilita el análisis de los discursos oficiales y contestatarios y el develamiento de los intrínquilos políticos.

Las particularidades de las complejas relaciones entre la prensa con caricaturas y el poder político se atisba desde una perspectiva que entrelaza los conceptos y métodos de la historia política con los de la cultural.

Esta interrelación de miradas y abordajes permite comprender las dinámicas y transformaciones que caracterizaron el desarrollo de la esfera pública de la ciudad de México, así como una lectura más completa de la etapa analizada. Finalmente, este libro centra su interés en un periodo de la historia que generalmente se ha estudiado como parte del porfirato y que, en cambio, merece en estas páginas un

tratamiento autónomo. Se considera que fueron esos los años formativos y de consolidación política, diplomática y gubernamental de Porfirio Díaz, los cuales que permitirían su afianzamiento en el escenario nacional a partir de 1888; también fue esa etapa el único momento de la centuria decimonónica en que se vislumbró la posibilidad del ejercicio democrático electoral basado en la alternancia presidencial; y, por último, durante esos años aconteció la colisión de fuerzas y tensiones al interior del Partido Liberal, que se diluiría con el fortalecimiento del grupo porfirista. 

UN ECLIPSE TOTAL



VISIBLE Y SENSIBLE EN TODA LA REPÚBLICA MEXICANA.

Fernando Savater, un apóstata razonable*

¿Qué significa que Fernando Savater no necesite ser presentado ante ustedes, maestros, investigadores y estudiantes de El Colegio de México? Quizá que este amigo y hermano mayor ha sabido estar presente desde España y cruzando infatigablemente fronteras de tierra y agua como un risueño y crítico “apóstata razonable” en el espacio cultural mexicano e hispanoamericano a lo largo de varias décadas con sus libros, sus escritos, su palabra y su aliento. El nombre de Fernando Savater se me presentó aquí, en México, hacia 1977 con sus seis sílabas en la cadena amistosa congregada en torno al viejo librero ácrata catalán Ricardo Mestre Ventura, en compañía de mis coetáneos y contemporáneos, el filósofo y lector Héctor Subirats Silvestre y el poeta y traductor José Luis Rivas Vélez, quienes editaban la revista *Caos* en la que Savater colaboraba.

A sus treinta años escasos Savater era ya una figura mítica que había hecho amistad leal y verdadera con el filósofo rumano Émile Cioran, cuya obra ayudó a difundir en lengua hispana y que resulta imprescindible para entender la suya propia; amistad con la pensadora malagueña María Zambrano y con el poeta mexicano Octavio Paz. Estos tres autores señalarían a Savater el rumbo para encontrar lo que podría llamarse “las fuentes secretas de la vida”. Ante el ojo de mi mente, Savater llegaría a encerrar una fusión de Epicuro —“guarda tu vida en secreto”—, y de Erasmo, de Samuel Butler y de Gilles Deleuze. Ya para finales de los años ochenta, Fer-

nando, nacido en Donostia Guipuzcoa en el año de 1947, tenía más libros publicados que años cumplidos y había recorrido el mundo fecundando la historia y la cultura con su aliento y su palabra viva, su palabra sobreviviente que ha sabido salvarse de las clausuras universitarias y académicas sin dejar de ser profesor universitario gracias a una saludable y deportiva disponibilidad y, desde luego, a su intrepidez, audacia y valentía para encarar el mundo y decir *sí* a la vida buena y verdadera, *sí* a la crítica y a la razón, *sí* a la conversación, *sí* a los diálo-



La última hoja del laurel.

* Leído en el Homenaje al exilio republicano español, que se llevó a cabo en El Colegio de México.

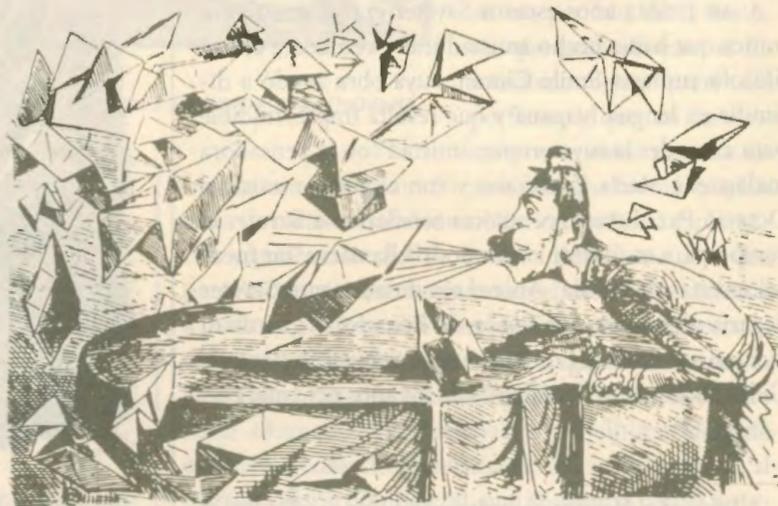
gos para saludar a Ramón Xirau aquí presente. Evoqué al principio la sombra prestigiosa de Erasmo. Debí haber añadido las de Montaigne, de Voltaire y otras figuras del pensamiento dispuesto a la militancia de la razón. Al igual que en el caso de Jean-Marie Arouet, cuyo seudónimo literario ha dado pie a un adjetivo —volteriano—, el de Fernando Savater es el nombre inconfundible de un talante crítico y a veces mefistofélico en que concordia y optimismo, voluntad de pensamiento y de claridad conceptual alzan los fragmentos imantados de nuestra cultura hispánica hacia la luz.

Alguna vez alguien dijo que Fernando Savater estaba como crucificado entre la línea vertical del presente de las ideas y la línea horizontal de la difusión y la comunidad propagada. Habrán que corregir diciendo que esa cruz es más bien como la veloz tijera que va recortando el papel para armar diálogos y exposiciones memorables y que la de Fernando es una tijera o una cruz medicinal y alimenticia en la medida que se da como un arte cisorio o arte del buen corte donde la razón se afila hasta la ironía y el buen humor, y Guillermo de Occam le da la mano a Francisco de Assis. Así no es extraño que Savater haya estado y esté tan presente entre nosotros: pues es, como muchos de los filósofos de la Antigüedad Clásica y algunos de este ansioso interregno, un filósofo errante que ha hecho del nomadismo y del viaje una forma de estar en el mundo y del ser filósofo. Migrante de los géneros, en Fernando Savater la filosofía se hace novela —incluso novela policiaca y detectivesca como en la última titulada *La hermandad de la buena suerte*—, la pasión intelectual se novela a sí misma, en esa forma originaria del ensayo que es la carta o epístola, género en que yo inscribiría su *Ética para Amador*. Hijo de sí mismo y nieto intelectual de Unamuno, José Ortega y Gasset y María Zambrano, Fernando Savater parte invariablemente de la ciudadela interior para saludar al francés Pierre Hadot para interrogar y alcanzar las imágenes de la ciudad, los *ídola fori*, los emblemas forenses en que se reconoce la época y el



México!, México!, Aquí está tu desinteresado salvador!

tiempo que le tocó vivir. Y a partir de ese examen de lo público precede a un ejercicio de cuidado del alma y de la salud pública. La cultura popular no es en él un adorno si no la materia misma de su trabajo reflexivo, de su filosofar como guardián irónico, socrático de la ciudad. Además de Spinoza, Montaigne, Voltaire y Cioran, uno de sus pensadores preferidos es el español extraterritorial George Santayana cuya novela *El último puritano* es una de las obras más deslumbrantes e intelectualmente hospitalarias del pensamiento hispánico del siglo xx. Curiosamente Santayana será una de las figuras intelectuales hispánicas que desfilan por la animada superficie de la novela *Háblame en español* escrita por Eulalio Ferrer en cuyo homenaje se organiza también este acto. ☞



Se someten a una sola voluntad los partidos de las cámaras.



VOICES *of Mexico*

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales.

La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología, relaciones internacionales, arte y cultura.

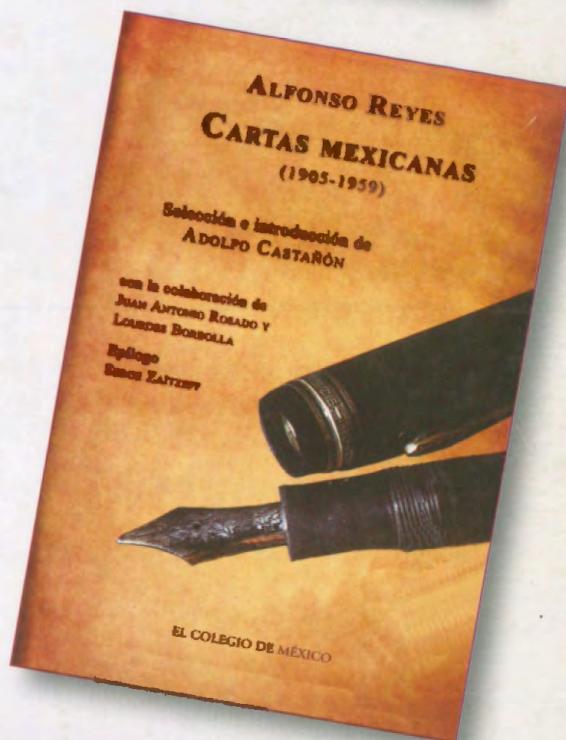
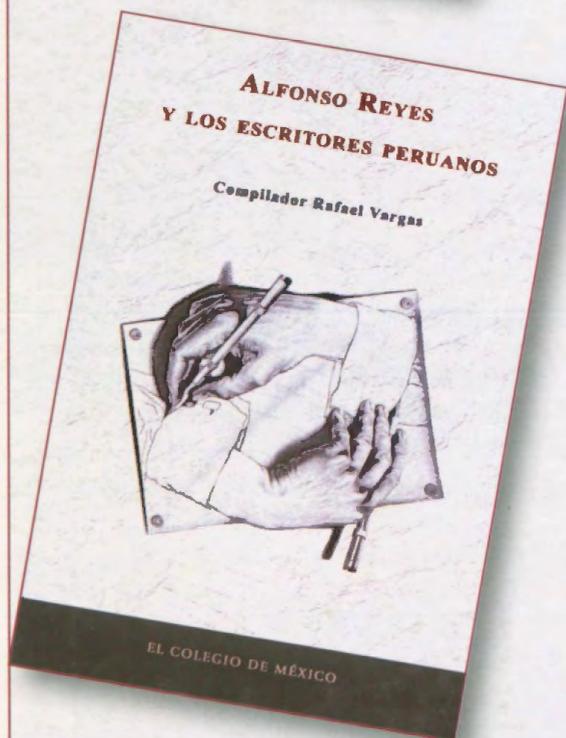
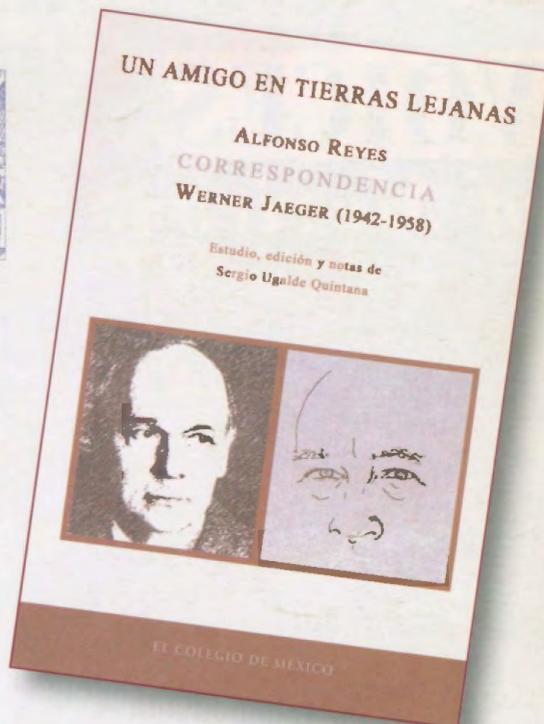
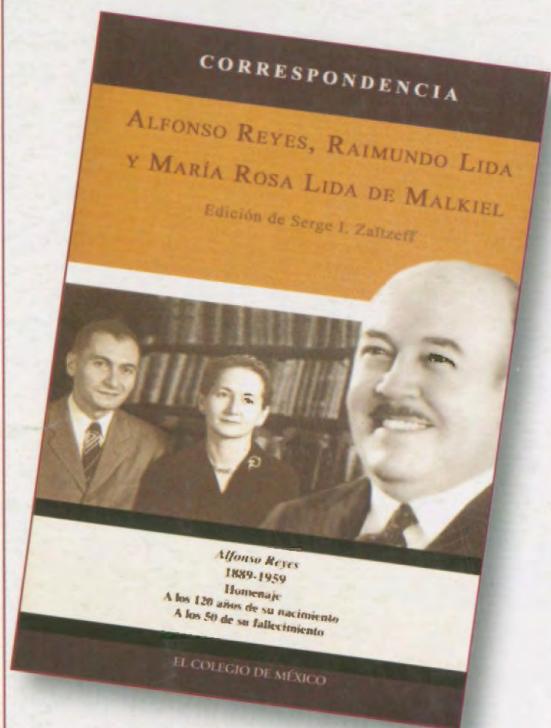
SUSCRIPCIONES

Canadá 203, col. San Lucas, Coyoacán, 04030, México, D. F.

Tels. y fax (01 52 55) 5336 3601 • 5336 3596

5336 3595 • 5336 3558

voicesmx@servidor.unam.mx



El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx